



3044

*Comista  
de Avila*

# La Divina Comedia

==== como fuerza propulsora ====  
en el camino ascendente de la Humanidad

POR

**D. Abelardo Merino Álvarez**



La "Società Nazionale Italiana  
DANTE ALIGHIERI" concedió a  
esta obra el PREMIQ en concurso  
público celebrado con motivo del  
"VI Centenario" de la muerte  
del Altísimo poeta. oooooooooooooo



FXBD  
745A

“La Divina Comedia“ como fuerza  
propulsora en el camino ascendente de la  
Humanidad



# La Divina Comedia

como fuerza propulsora

en el camino ascendente de la Humanidad

— POR —

**D. Abelardo Merino Alvarez**

Comisario de Guerra y Abogado,

C. de la Real Academia de la Historia, Cronista de la ciudad de Ávila, Vocal de la Junta Directiva de la Real Sociedad Geográfica y de la Junta Central de la Liga Africanista Española, Correspondiente por méritos de la Española de Higiene,

Miembro del «Institut Colonial International», Cruz y placa

del Mérito Militar con distintivo blanco,

etc., etc.

*La Società Nazionale Italiana "Dante Alighieri" concedió a esta obra el Premio en concurso público celebrado con motivo del VI Centenario de la muerte del Altísimo poeta.*



BARCELONA

LIBRERÍA HISPANO-AMERICANA DE J. RUIZ ROMERO

SUCESOR DE J. BASTINOS

52, Pelayo, 52

1921

---

ES PROPIEDAD DEL EDITOR

---

---

Imp. J. Ruiz Romero; Pelayo, 52.—Barcelona



“La Divina Comedia” como fuerza propulsora  
— en el —  
camino ascendente de la Humanidad

---

«Ce poëme est à la fois une tombe et un berceau: la tombe magnifique d'un monde qui s'en va, le berceau d'un monde près d'éclorre: un portique entre deux temples, le temple du passé et le temple de l'avenir.»

LAMENNAIS

I

«La Divina Comedia» como expresión de los sentimientos  
cristianos medioevales

---



ERRORES supersticiosos, raras explicaciones de los fenómenos de la Naturaleza por medio del antropomorfismo y del zoomorfismo, que crean formas monstruosas y personificaciones extrañas, dan margen—en las civilizaciones primitivas—a una teogonía, o más bien demonología, en que pavorosos engendros de imaginaciones no contrapesadas por la razón (v. gr., los *utug*, *telal*, *alal* y *quiquim*, de los accadianos; los *lutins*, *elfs*, etc., de los germanos), producen el mal, atribuido a seres antitéticos de aquellos otros a los que se considera origen de todo lo bueno.

La sabiduría sagrada, hija de un progreso ulterior, subordina jerárquicamente a diablos y a dioses. El desenvolvimiento del concepto de la Moral, dividió las acciones humanas en pe-

cados y en obras meritorias. El hombre es responsable de sus actos, y alcanzará en la vida, que se supone prolongada más allá de la tumba, altísima recompensa o duro castigo. Ya los dioses malos no se limitan a producir el frío, la noche, la miseria y las enfermedades: son también como los órganos de la Venganza Suprema, mediante los cuales quedarán reparadas todas las injusticias.

Y así surge el Infierno, «las sombrías regiones del País inmutable», dividido en siete zonas, según quiere el texto cuneiforme, donde se describe el descenso hasta ellas de Istar.—Los papiros egipcios nos enseñan que entre los súbditos de los faraones la existencia terrena era un momento no más para el *alma*, que al fallecimiento de cada individuo embarcaba con el Sol y entraba en el *Amentí*, mundo escondido y tenebroso donde cada hombre empezaba por comparecer ante inflexible tribunal. Horo, Anubis y Tot manejan la balanza: Osiris, sentado en el trono, acompañado de monstruos, de genios y de los cuarenta y dos jueces, pronunciaba el fallo. Las almas de los buenos remontábanse resplandecientes al Cielo, a los campos de felicidad del *Aulu*, donde se servían deliciosos manjares y se disfrutaba del goce supremo de inundarse en la gloria de Dios. Otros pecadores necesitaban una purificación por el fuego y por la lucha, sufrir ataques de vestiglos, atravesar quince puertas en las que les esperaban terribles pruebas, y, por último, cruzar los tetricos dominios de los siete espíritus malos «comarcas desoladas en que nada crece ni germina». Los réprobos iban a un lugar en que «no ven jamás la luz» y «nadie se acuerda de ellos»: numerosos servidores de *Auai* aplicaban en setenta y cinco círculos los tormentos y suplicios más horribles a cuantos se hallaban condenados «a un morir sin fin», durante el que no cesan ni cesarán los llantos y los dolores.

El magnífico movimiento sincrético de Israel admite—aun para antes de la Creación—el combate entre el Bien y el Mal, en que los ángeles rebeldes son vencidos, según lo describió portentosamente el mayor de los poetas épicos de la Gran Bretaña. En los primeros días de la historia del pueblo hebreo creía que la justicia de Dios se realizaba en la tierra y que el muerto



iba al *scheol*, a juntarse con las almas de los antepasados. Cuando vienen las desgracias a la estirpe de Jacob y de Abraham, esa teoría no satisface: la retribución y el castigo no son visibles de momento, porque se aplazan para los descendientes. Después al contacto de Babilonia y Persia desarróllanse el ideal de la vida de ultratumba, el mesianismo, la fe en la resurrección de la carne, en el juicio final, en el fin del mundo y en las horribles penas que aguardan a los condenados. La delirante fiebre de los profetas, su inspiración tan caldeada como la arena de los desiertos a que se retiraban para depurar su espíritu con mortificaciones, con abstinencias y con ayunos, dictó esas páginas maravillosas donde el dogma de la inmortalidad del alma se perfecciona y complementa con el de la Eterna Justicia: para los buenos, gloria y beatitud; para los malos, espantosas torturas. Entonces se oyen los trenos de Jeremías; el valle de Josafat es amenaza a todos los corazones; Isaias y Miqueas anatematizan, no solamente los vicios, sino hasta los cuidados que se tengan con nuestra despreciable vestidura carnal; y las gentes sufren, abrumadas por las responsabilidades terribles de un pavoroso futuro.

Violentísimo contraste ofrecen en sus ideales los helenos. En aquella recortadísima península griega, semejante a una flor flotante sobre el azul de las ondas, la luz resplandeciente de una atmósfera pura y tranquila en que llamea el astro solar, convierte en gratisimas mansiones para el hombre el paradisiaco valle del Tempe, las colinas del Ática inundadas de la vegetación del olivo, las maravillosas islas del Archipiélago o el vergel de la Mesenia. Una raza elegida, la raza que vemos moverse en los frisos y metopas del Partenón y que sirvió de modelo a la Venus de Milo, tomó como principal objetivo de sus acciones el de ennoblecer y embellecer la vida; y para ello abrió gimnasios, dió culto al Amor, poetizó la Naturaleza, y, embriagándose en el presente, apenas se preocupó del porvenir acá, y menos de lo que pasar pudiese del otro lado de la tumba. La Muerte es sólo la hermana del Sueño y de la Noche: en vez de *morir* decíase *apoginestai*, *oigestai*, *apergestai*, palabras que significan la partida para un viaje y el abandono de esta morada.

La influencia de los cultos orientales fué dando más relieve al ensueño de los Campos Eliseos. El Infierno de los tiempos que anteceden a los del vate de la Iliada era, según reconoce Pompeyo Gener (1), «el laboratorio subterráneo dondè actúan las fuerzas productoras del planeta»: recuérdense las leyendas de Ceres, de Plutón y de Proserpina. Pasadas las épocas heroicas, ya se define mejor lo que es el Tártaro: palacio obscuro cerrado con grandes puertas de hierro. Las regiones infernales se dibujan según el tipo de ciertas comarcas (la Arcadia principalmente) entonces incultas y sin desbrozar, donde ríos como el Stix desaparecen entre las fisuras de las rocas y forman lagunas sombrías, en cuyas negruzcas aguas refléjanse o las peladas cimas de los montes próximos o la vegetación de pinos y cipreses o las brumas de la niebla, mientras las aves de rapiña graznan en los alrededores. Las almas, ya aquí en la tierra, padecen los rudos embates de las Erynnias: luego tienen que comparecer en el otro mundo, ante Minos, Eaco y Radamanto, atravesar en la barca de Carón el Aqueronte y cruzar la entrada guardada por el can Cerbero. Los órficos, y sobre todo Platón, acentúan estas tendencias con aportaciones provenientes, seguramente, del acervo de las leyendas egipcias: insistióse en que cada individuo—hombre o mujer—sería presentado al fallo de un tribunal, y en que los buenos pasarían a gozar de felicidad infinita, mientras los malos, en los profundos, perseguidos y atormentados, han de permanecer por una eternidad de eternidades.

Roma, inspirada en la civilización helénica, supo gozar del presente, despreocupándose casi en absoluto durante muchas centurias de lo de ultratumba. Pero también llega a la ciudad de las siete colinas—o directamente o a través de Grecia—el influjo del mundo oriental; y entonces nacen, bajo una impresión miedosa, el Orco, las larvas, las lemures, las *striges*. Los poetas completan la descripción del Tártaro con pinceladas aun más tétricas, con duros tonos de color tomados de los campos flegreos y del panorama de los territorios volcánicos, tan abundantes en la porción meridional de Italia. Virgilio en la *Eneida*

---

(1) «*La muerte y el diablo*». T. II, c. V.

y Ovidio en el *Ibis*, especialmente el último, desarrollan un lujo de ferocidad inaudita cuando van enumerando los castigos. El populacho, a su vez, cae en todo género de supersticiones: es la época de los astrólogos, de los conjuros, de las fórmulas cabalísticas.

Pero el espíritu clásico, en el fondo, siempre protesta de todo lo antinatural. En Grecia, y frente a Platón, alza el grito Diógenes, rechazando el porvenir que aquel filósofo anuncia para cuantos no hayan sido iniciados en los *misterios*: en Roma, Lucrecio hace gala de su impiedad y se burla de los que creen en los suplicios de Tityo, de Sisifo, de Tántalo o de las Danaides (1). Los Estoicos hablan sólo del presente y de la virtud: los epicúreos encuentran, como única norma de sus acciones, el placer. Entonces imperan el refinamiento—mejor afeminamiento—en las costumbres, la gula y la lujuria; los patricios dicen como Sardanápalo: «Come, bebe, goza; lo demás nada vale»; y mientras uno de los opulentos alimenta la pesca de sus viveros con los cadáveres de esclavos miseros, hay Césares que hacen rodar, en pórticos de mosaicos maravillosos, carros de marfil arrastrados por mujeres desnudas. El mundo moral derrúmbase ante la ignominia de los Heliogábalos, Tiberios, Caligulas y Neronés.

Por obligado contraste, en lo más hondo de aquella cosmopolita sociedad sin ley ni freno, surgió el misticismo. Las bellas frases de algunos filósofos habían resultado impotentes y estériles. Únicamente cabía esperar la regeneración salvadora de las religiones; y de ahí una reversión angustiosa y acentuada hacia cultos semi-olvidados.

Y entonces se escuchan las palabras de Jesús. Hay en ellas

---

(1) «No es Tántalo el que está continuamente amedrentado por la roca; aquel que cree en los dioses es el que está amilanado por la idea del castigo. No existe Tityo picoteado por las aves; Tityo es quien esté prendido en las redes del amor: las aves agoreras son sus inquietudes. Sisifo no está en el Tártaro; Sisifo es hoy todo patricio que pide hachas y haces para combatir al enemigo de la patria, y a ella vuelve derrotado y triste, o el que brega por alcanzar un poder que con él se derrumba apenas alcanzado. Sembrar favores y hallar ingratitudes, encontrando para el bien las almas secas; he aquí la tarea desesperante de las Danaides. ¿Para qué el Tártaro y el Cerbero, si plantáis cruces, construís calabozos y mantenéis verdugos?»—*De rerum Natura*.

dulzura de miel. Dios es la caridad. Pero al mismo tiempo es la espada. Jesús es tentado por Satán. El crucificado sucumbe en el Gólgota. A la sublime doctrina de las Bienaventuranzas jún-tase el legado de las profecías del pueblo judaico. El hombre nace con el estigma del pecado original. La vida terrena no es más que la preparación para la vida futura. Allá, sólo, el bien queda triunfante: aquí nos acechan, como implacables enemi-gos, el diablo, la carne y el mundo. Hay que desconfiar, desconfiar siempre, pues la tentación—como Proteo—reviste infinitas formas. El martirio, la mortificación, son las más seguras llaves del Cielo. El estado patológico de los inspirados de Israel repite-se en los eremitas de la Tebaida o en el delirio del autor del *Apocalipsis*. El mundo pagano sucumbe: la antigüedad clásica, apenas si se opone al agobiante sistema de la predestinación, por boca de algún hereje. Los bárbaros desencadenan el furor de sus ataques, y Atila es el brazo de las venganzas del Altísi-mo. Entramos en el Medio Evo.

La sociedad cristiana es, ante todo y sobre todo, creyente. Habrá crímenes, moveránse indómitas las pasiones; pero siem-pre se escucha con pavor el anatema del Prelado. La preocupa-ción íntima de los espíritus es la de la salvación eterna: de ahí esa conducta extrañísima al parecer de infinitas gentes que pasan sin transición de las orgías y de la crápula a las austeri-dades del claustro; de ahí el misticismo, un misticismo que flota en el ambiente, que es contagioso y que lleva a la fascinación, a la colectiva locura. El demonio arrecia en su obra; se habla de incubos y de súcubos: el diablo es como una obsesión clava-da en mentes enfermizas; es cuanto agrada, adoptando aspectos seductores. El cristianismo vela: enseña, predica, castiga. Lo que nos rodea, todo vanidad: lo real y verdadero, no es lo de aquí. De este modo lo proclaman los elegidos; la venturosa le-gión del *Flos Sanctorum*. Hay quienes han gozado de la presencia divina de Jesús, quienes oyeron armonías inefables y angélicas, quienes escucharon dulcísimas frases pronunciadas por la Vir-gen. El Cielo y el Infierno se hacen visibles y tangibles. El ce-nobita del Bierzo, San Valerio, aseguró haber subido en alas de blanquísimas palomas a un Edén cuajado de rosas encendidas y

de lirios de candidez inmaculada. En cambio el insigne historiador Mateo de París, que floreció en el siglo XIII y escribió la «Historia de Inglaterra», pinta con toda minuciosidad el descenso al *Purgatorio de San Patricio* (cuya entrada veíase en una de las isletas del lago Earne, Irlanda), del soldado Oeno, quien desde la puerta de la cueva metióse en gran obscuridad, hasta que, guiado por débil luz, dió, a la postre, con un campo, donde salieron a recibirle quince varones ceñidos de albas vestiduras. Uno de éstos le previno de cuanto iba después a ocurrir; y fué verse Oeno cercado de demonios que le instaban a retroceder, valiéndose de halagos y amenazas. Defendióse invocando el nombre de Cristo, y así pudo continuar adelante y llegar al Purgatorio. Multitud de hombres y mujeres estaban padeciendo tormentos horribles: a unos martirizaban sus cuerpos con azotes cruelísimos y llamas voraces; en las entrañas de otros se cebaban serpientes y sapos. Luego venía un puente interminable, estrecho y resbaladizo, tendido sobre anchuroso río de azufre y de derretido plomo, del que se desprendían las densas nieblas de hediondos vapores: los demonios, con espantoso ahullar, movíanse y disparaban ardientes garfios. Al otro lado del río hállase Oeno en el Paraíso, donde devotísimas gentes de todas clases caminaban en ordenada procesión, llevando en las manos ricas cruces, estandartes preciosos y ramos áureos: aquellas gentes, que estaban esperando el momento del tránsito al Paraíso celestial, enteran a Oeno de cómo debía arreglárselas para volver a la cueva, de la que al fin salió, al punto en que se cumplían las veinticuatro horas desde su entrada.

Leyendas como la de Guerrino Meschino o la visión de Alberico, etc., eran populares y creídas: la fe aprovechó para animar tales relatos, los antecedentes del Antiguo y del Nuevo Testamento, los de los poetas griegos y latinos; acaso las imaginadas fantasías del Corán (donde en el lugar de las penas infinitas se suponen siete puertas, de las que cada una conduce a un suplicio diferente); y, probablemente, las tradiciones de los pueblos septentrionales, ya que Ozanam (1) recuerda una *saga* de

---

(1) «*Des sources poétiques de la Divine Comédie*», en el *Correspondant*, de 1845.

los escandinavos, en la que se describen la ciudad de Dite, las capas de plomo de los hipócritas y las serpientes persiguiendo a los pecadores:

*«Catervatim ibant illi  
ad Plutonis arcem,  
et gestabant onera e plumbo.  
Homines vidi illos  
qui multos pecunia et vita spoliarunt;  
pectora  
raptim pervadebant viris istis  
validi venenati dracones.»*

La época del Dante creía firmemente en todas estas cosas: muy pocos años acababan de pasar desde que Mateo de París y Enrique Salteriense escribieran las aventuras del soldado irlandés en el Purgatorio. Apenas había transcurrido algo más de dos centurias a partir de los terrores del milenario. Raúl Glaber nos recuerda aquel trágico momento en que, ante la seguridad de un inmediato fin del mundo, ni se trabajaba en el taller ni se labraron las tierras, con lo que sobrevino la miseria con todo su séquito de horrores: «Los lobos—dice—atraídos por la multitud de difuntos que quedaban sin sepultura, invadieron los poblados. Los hombres, entonces, temieron a Dios y empezaron a abrir fosas, a las cuales el hijo llevaba arrastrando al autor de sus días, el hermano al hermano, la madre a sus hijos, cuando les veían defallecer, y en ellas se precipitaba, a veces, el vivo tras el muerto» (1).

Las Ciencias, las Letras y las Artes giraban en el mundo de lo sobrenatural. Tomás de Celano hace oír las tremendas estrofas del *Dies Irae*. Abundan, en verso y en prosa, los relatos de tentaciones cual las de San Antonio. Si abris, v. gr., la llamada Biblia abulense, del siglo XII, herirá vuestra vista alguna miniatura como la que lleva la explicación: «*Hic dñs frang por-*

---

(1) *Crónica* de Raúl Glaber: véase E. Gebhart, en la *Revue des Deux Mondes*, octubre 1891.

*tas inferni*», en que Jesucristo saca del profundo a los justos, mientras diablos de cataduras extrañas llevan acuestas a los réprobos y los precipitan otra vez en la gigantesca boca de un monstruo pintarrajeado de azul, con negros dientes y encarnados ojos. En Santiago de Compostela, en los arcos de la portada principal, sobre los capiteles, en los tímpanos, en las archivoltas... está la *gloria*, con los elegidos y los profetas, todo maravillosamente esculpido y policromado: abajo, en el zócalo, en las bases de las columnas, hay horrendas figuras de uñas afiladas y corvos picos, simbolizando el *Infierno*, donde se castiga a los protervos. Es cosa que se repite en las vidrieras, en los sitiales de coro y en las tallas de los púlpitos. A la orilla derecha del Tarn, muy cerca del sitio por donde vierte sus aguas al Garona, se construyó la insigne abadía moissacense, fundada por Clodoveo, y que llegó a contar ochocientos religiosos. En la abadía destacaba el claustro gótico con bajo-relieves curiosísimos representando *los vicios y las virtudes*: la *lujuria* aparece en forma de una mujer desgraciada en cuyas entrañas muerde un sapo inmundo, mientras dos serpientes clavan el aguijón en unos senos flácidos; el diablo de la *envidia* señala con el dedo la figura del poderoso a un mendigo; mientras el demonio de la *ambición*, subido sobre los hombros del opulento, le agobia y rinde. Con razón asegura Carlos Labitte que «Dante ha copiado mucho de los diversos monumentos de las artes plásticas... Así en la cripta de la catedral de Auxerre vese un fragmento figurando el triunfo de Cristo tal como Alighieri lo describe en el Purgatorio». Labitte recuerda también el rosetón occidental de la iglesia de Chartres, el timpano del hastial—a Poniente—de Autun, y el gran portal de Conques; y luego añade, a guisa de resumen: «Todas las formas de castigo están esculpidas, lo mismo que en *el Infierno* del poeta; las recompensas, también, como en *el Paraíso*, son muy numerosas, mas hartamente menos variadas. ¿Será porque nuestra incompleta naturaleza está hecha, mejor para sentir el mal que el bien? Cuando Dante hizo su viaje a Francia todo esto existía, lo mismo que el portal occidental de Notre-Dame de París, donde se representan varios grados de remuneraciones y penas. Sin salir de nuestro territorio, el infatigable

arqueólogo M. Didron ha podido contar más de cincuenta *ilustraciones de La Divina Comedia*, todas anteriores a la fecha en que fué redactada. Es indiscutible que Alighieri se inspiró en este viviente espectáculo.»

Todavía después del Alighieri, Kempis meditó su *Imitación de Cristo*, los *disciplinantes* recorren la Europa, y una infinidad de desgraciados a quienes contagiaba un baile neurótico, entraban, lanzando carcajadas y agudos gritos, en el corro de la danza de San Guy. La alquimia y la hechicería se extienden: en todo interviene el *pacto*. En las corozas de las brujas o en los sambenitos brinca el enemigo eterno, aquel que seduce las desgraciadas en el aquelarre.

El autor de *La Divina Comedia* creyó y escribió. En los tercetos de su magna obra quedaron sintetizadas la Filosofía y la Teología de la época medioeval. Dante supone que emprende su viaje místico el Viernes Santo del 1300, cuando tenía 33 años. El *Infierno* seméjase, en su forma, a un embudo, y se compone de el vestibulo—donde se encuentran, agujoneadas por millones de insectos, las almas de los que vivieron sin vicios y sin virtudes—y de nueve círculos, en que los suplicios aumentan en intensidad a medida que aquellos disminuyen de diámetro. El primer círculo—pasado el río de los Muertos—es el Limbo, y allí moran las almas buenas e inocentes a quienes faltó el bautismo, puerta de la fe: en amenos bosquecillos y en verdes praderas habitan guerreros ilustres, poetas y sabios. En el segundo círculo los lujuriosos caminan sin cesar, agitados por el viento; rechinan los dientes, blasfeman y se quejan de Dios. En el tercer círculo los esclavos de la gula se hunden en el fango, bajo una lluvia incesante y bajo la mordedura del Can tricípite. En el cuarto círculo los pródigos y los avaros empujan—por una eternidad—gigantescas moles. En el quinto círculo castiganse los odios y la cólera: los condenados, sumergidos en la Estigia, se hieren con las manos, con la cabeza, con los pies y se desgarran con los dientes. En el sexto círculo encuéntranse encerrados en abrasadoras tumbas los incrédulos y los heresiarcas. En el séptimo círculo aparecen en un río de sangre cuantos hicieron violencia contra la vida o contra los bienes del prójimo (primer re-



cinto); mientras los suicidas, convertidos en zarzales y otras plantas, arrojan, al tocarlos, el jugo vital (segundo recinto); los violentos contra Dios, contra la Naturaleza o contra los otros hombres sufren, tendidos en la arena, el fuego que descende como los copos de una espesa nevada (tercer recinto); los disipadores son perseguidos por perros; los que vivieron del préstamo usurario caminan arrastrando al cuello la bolsa de sus caudales. El octavo círculo se subdivide en diez zonas o calabozos: en el primero paran los seductores y los alcahuetes, a quienes los demonios apalean; en el segundo, los aduladores y los cortesanos revuélcanse en un mar de inmundicias; en el tercero, los simoníacos son presa de las llamas; en el cuarto, los astrólogos, mágicos y adivinos caminan hacia atrás con el rostro vuelto por haber querido mirar harto pronto hacia adelante; en el quinto foso se consumen en un hirviente lago de pez cuantos hicieron vergonzoso tráfico de la justicia; en el sexto los hipócritas soportan capas de plomo; en el séptimo muerden a los ladrones serpientes horribles; en el octavo abrásanse los malos consejeros; en el noveno una espada fatal e incansable se ceba en quienes produjeron escándalos, cismas o revueltas civiles, y en la última zona figuran los charlatanes cubiertos de lepra, los monederos falsos víctimas de inextinguible sed y los calumniadores heridos por la fiebre. El noveno y postrero círculo es el de los traidores; habiendo un recinto para los fratricidas; otro para quienes fueron contra su patria; otro para quienes engañaron a sus padres, amigos y parientes, y otros para los que traicionan a sus protectores y para los regicidas. En este último recinto está encadenado Lucifer. Una hendidura de la peña lleva al Dante a cierta gruta que le conduce—después de haber atravesado el planeta—al hemisferio de nuestros antípodas.

El poeta hace luego su visita al *Purgatorio*, al que da la figura de una montaña, también repartida en zonas o círculos, con un valle donde aguardan las almas turno para entrar a su purificación; la cúspide de la montaña llega al cielo y de allí se remontan al Paraíso los espíritus que han redimido sus pecados. Entre los que esperan a penetrar en el *Purgatorio* vense a los que sufren excomunión, a los negligentes que dejaron para últi-

ma hora el cuidado de salvarse, a los muertos con violencia que tuvieron tiempo de reconciliarse con Dios, y a quienes tardaron en su arrepentimiento cegados por el poder y los honores. En el primer círculo andan los orgullosos penosamente abrumados por enormes cargas; en el segundo círculo, los envidiosos llevan puesto un cilicio y tienen los ojos cosidos con alambre; en el tercero, los inclinados a la cólera cantan el *Agnus Dei*, envueltos en una densísima humareda; en el cuarto círculo pasan corriendo las almas de los perezosos; en el quinto círculo lloran tendidos en tierra, boca abajo, los avaros; en el sexto círculo, extenuados por el hambre y por la sed, mascan en vano, sin satisfacerse, las víctimas de la gula, y en el séptimo círculo se agitan entre llamas, y al encontrarse se abrazan y siguen luego adelante los que no supieron defenderse de los atractivos de la lascivia.

Desde el Purgatorio, y ya sin Virgilio—quien sirvió hasta entonces de mentor al Alighieri—sube éste acompañado de Beatriz (la Teología) al *Paraiso*, que supone dividido en diez esferas, según las enseñanzas de la Astronomía de su tiempo. Aquí halla a los bienaventurados gozando según los grados de su beatitud, y el poeta expone el dogma católico, elogiando especialmente la vida contemplativa y religiosa. En la esfera de la Luna premia-se la virginidad; en la de Mercurio, a los que supieron distinguirse con acciones gloriosas y bellas; en la de Venus cantan el Hosanna y giran continuamente poseídos de amor, quienes le sintieron por Dios y por el prójimo; en la del Sol forman coronas o círculos luminosos, cuantos se distinguieron en el orden monástico o por sus escritos sobre asuntos de religión, moral, etc.; en la de Marte resplandecen los que alcanzaron morir combatiendo por la fe; en la esfera de Júpiter disfrutaron los que administraron la justicia rectamente; en la esfera de Saturno hacen la mística escala de Jacob los que se consagraron a la vida contemplativa; en la esfera de las estrellas fijas o de Géminis están «las legiones triunfantes de Cristo»; en la esfera del primer móvil, saborean la bienaventuranza, los elegidos por Dios para propagar su doctrina, y en el Empíreo se hallan los inmediatos al trono del Santo de los Santos, admirando con arrobamiento su

grandeza y majestad. San Bernardo, en una ferviente oración, pide a la Virgen María que alcance para el poeta la gracia de elevarse hasta la visión misma del Altísimo. Y después, iluminado Dante, penetra con la mirada la Trinidad Augusta y entrevé en el *Logos* a la Humanidad unida al Ser Supremo.

*La Divina Comedia* no difiere, pues, por el espíritu que la anima, del pórtico de la Gloria en la catedral compostelana o de los relieves de la abadía de Moissac. Según reconoce Vischer, está íntegramente bajo el influjo del sentimiento escolástico de la forma propia del siglo en que fué escrita, se funda en amplias búsquedas y distinciones cristiano-monacales-aristotélicas y de contenido doctrinal; su composición, en vez de poética, es gótico-arquitectónica, calculada aritméticamente hasta en sus más ínfimos detalles, y la tripartición dominante tiene intención místico-simbólica (1).

Para entender cumplidamente las palabras de Vischer, debe recordarse que en las corporaciones de maestros albañiles se enseñaba la ciencia de los números místicos y se tomaba como modelo de edificación el tipo de la celeste Jerusalén. En la Catedral de Colonia, catorce columnas sustentan la bóveda del coro y sostienen otras tantas estatuas de los Apóstoles, con las de Jesús y María; siete capillas indican los dones del Espíritu Santo o los Sacramentos. — Las girolas absidales recordaban la cabeza de Cristo coronada de espinas. — Los grandes templos de Chartres y Estrasburgo y el de Saint Ouen de Rouen, tienen cabalmente la misma longitud; ciento cuarenta y cuatro pies, cuadrado del número que resulta de multiplicar tres por cuatro.

*La Divina Comedia* es un poema uno y trino, que se reparte en tres veces treinta y tres cantos, además de la Introducción. En cada canto hay casi igual número de tercetos. Son en junto cien cantos con 14,230 versos, distribuídos de modo que el segundo canto apenas excede al primero en treinta versos y al tercero en veinticuatro.—El Alighieri mismo nos ex-

---

(1) Vischer. «*Aesthetik oder Wissenschaft des Schönen*»—Stuttgart, 1857.

plica que no se trata de una casualidad. Así se lee al fin del *Purgatorio*: “lector, *a no faltarme espacio*, cantaríá el dulce líquido del que nunca me habríá satisfecho; pero ya que está lleno todo el papel *destinado* a este canto segundo, *no me permite continuar el freno del Arte*.” (Purg. XXXIII). — Las alusiones numéricas arrancan del verso inicial “Nel mezzo... *En medio del camino*...” y le acompañan en toda ocasión. — Cada uno de los tres cantos, y sin que aun se haya explicado satisfactoriamente la causa, termina con la misma palabra, *stelle* (estrellas).

En cualquier sentido que se considere a la grandiosa epopeya cristiana del Dante, se ve que es la cristalización, *la representación acabada del Medio Evo*.

\* \* \*

Pero *La Divina Comedia* significa algo más; y este algo es, precisamente, lo que la da transcendencia e importancia.

Según reconoció Lamennais, debe considerársela como sepulcro y cuna: “túmulo estupendo del mundo que pasó; *cuna de un mundo próximo a surgir*”; como un “pórtico entre dos templos, el templo de lo pretérito y *el templo de lo venidero*.”

Desde el instante en que se escribió actúa y actuará cual *potente fuerza propulsora en el camino progresivo y ascendente de la especie humana*.

## II

### Los tiempos en que escribió Dante Alighieri

---

Los siglos XII y XIII constituyen uno de los momentos más críticos de la Historia.

En esas centurias pone L. Geiger, docto catedrático de la Universidad de Berlín, el inicio del movimiento Renaciente. — Y nuestro Pompeyo Gener, después de censurar el concepto manido de una Edad Media que, empezando con la entrada en Roma de los pueblos del Norte, termina con la toma de Constantinopla, opina debe substituirse tal período por otro llamado de *decadencia*, abarcándose en él la gran crisis que atravesaron la Cultura y la Civilización en Europa “partiendo de Sócrates y Platón, los cuales representan la tendencia al predominio del criterio puramente religioso, de lo sobrenatural, del absolutismo, y acabando en el siglo XII, época en que alborean las tentativas de la personalidad humana, tentativas que, a pesar de ser contrarrestadas, preséntanse cada día más imponentes, llegando a producir el estado actual.” — No cabe duda que el Renacimiento constituye el período de incubación del hoy y del mañana; y el precursor, el San Juan Bautista y el Mesías del Renacimiento, es el Alighieri, cuyos Evangelios son la *Divina Comedia*.

El ambiente hallábase saturado de energías. — Poco antes, el sentimiento cristiano, herido por las vejaciones que los musulmanes hacían sufrir a cuantos peregrinos iban a Jerusalén,

había producido la convulsión gigantesca de las Cruzadas. — Pedro el Ermitaño exalta a las multitudes, y al grito de “*Dios lo quiere*”, el Occidente y el Oriente chocan con estruendo. El contacto se verificó a la vez en Asia, en Africa y en la Península Ibérica, donde se dió en 1212 la batalla de las Navas de Tolosa. Las consecuencias de este choque fueron incalculables. — Rompiéronse las barreras que separaban pueblos y religiones, y los que lucharon al principio como adversarios, acabaron por ver que eran todos miembros de la misma especie humana. — En Europa, la Agricultura, la Industria y el Comercio nacen a nueva vida; los Reyes, aumentan su poder a costa de los señores feudales; los villanos consiguen aflojar las cadenas de su servidumbre, y las Ciencias todas logran un gran desarrollo con la introducción de los conocimientos de los clásicos, conservados por los árabes, o con la divulgación de otros que habían nacido o en Constantinopla o entre los musulimes. — Vilgard, en Rávena, prefería como fuentes para la instrucción — en pleno siglo xi — las obras de los literatos y de los filósofos antiguos a las de los Padres de la Iglesia; Berengario, discípulo de Silvestre II, atreviése a decir que una substancia limitada no podía contener lo infinito; Roscelin de Compiègne asegura que “los conceptos universales son meras palabras sin existencia real”; Abelardo, conocedor del griego y entusiasta de la Hélade, enseña a la multitud de sus discípulos, que Platón daba mejor idea del Ser Supremo que Moisés; en la Provenza, una sociedad refinada, promovió la herejía de los albigenses y las estrofas de los incrédulos trovadores; el averroismo triunfante proclama el culto de la razón y rechaza la creación *ex nihilo*. — Santo Tomás, para hacer frente a los averroistas, tuvo que apoyarse en el peripatetismo y en Aristóteles.

En otro orden de hechos los señores feudales, incluso los más poderosos, perdieron privilegios y riquezas en expediciones tan lejanas; los municipios surgen, se franquean y luchan; las ciudades ven florecer el tráfico y aumentar las clases trabajadoras. — Los monarcas, contando con la base de sus ejércitos propios, empiezan a imaginarse la encarnación misma

de los Estados; y éstos, tienden a convertirse en grandes naciones, y la Corona, para vencer al castillo, se apoya en la democracia, o por voluntario modo u obligada por la fuerza de los acontecimientos. — El mundo sufre trastorno violentísimo: en lo material y en lo moral hay una efervescencia, cuyos resultados han de ser fructíferos y fecundos. — En la revolución de los espíritus se va desde el misticismo hasta la incredulidad, desde los delirios de la fantasía a las brutales imposiciones de los tiranos, de San Francisco de Asís a Giacco de Florencia, desde el rapto religioso de Santa Clara de Sufi a la depravación que inspiró a Bocaccio para sus narraciones.....; y todo en medio de una voráGINE, de una actividad pasmosa.

Para ordenar el caos eran precisos un hombre y una doctrina.

Y esta situación de todo el Occidente era aún más grave y violenta en Italia. — Invasida durante no pocos años por los musulmanes en su parte meridional, conservando las tradiciones de otros días, resultó víctima obligada entre el Imperio y el Pontificado. — Los papas, que no querían admitir un poder político robusto dentro de la península, llamaron a Carlomagno y a los Othones. — Conseguidos de momento sus propósitos, temían la prepotencia del extranjero y estimulaban el patriotismo italiano y le acuciaban contra el invasor. Es un tejer y destejer que enmaraña la narración histórica y que motivó el fraccionamiento del territorio en incontables señoríos y municipios. La aplicación de los habitantes proporcionó riquezas y aun poder a los de abajo: hasta surgió una aristocracia del dinero. — El rebajamiento del principio de autoridad da margen a que, dentro de cada población, combatiesen sin tregua contrarios partidos o bandas enemigas que convirtieron en castillos todas las moradas. — Se vivía en el régimen de la fuerza bruta; entre contiendas mejor familiares que civiles. — Y si surgía algún hombre extraordinariamente enérgico, capaz de imponer orden, se le aceptaba — a veces con júbilo — como tirano. — Las pasiones desenvolvíanse indómitas: cualquiera cosa sin importancia hace correr la sangre a torrentes, y luego cualquier leve pretexto bastará para reconciliaciones ruidosas

y públicas entre besos, abrazos y ramos de olivo. — Las costumbres se relajan: Dante recuerda la Florencia *sobria y púdica* de sus abuelos, tan distinta de la que tenía delante; y cuando uno de los primitivos comentadores de *La Divina Comedia* quiso explicar el verso “Non avea catenella, non corona.....”, se limita a consignar que “las panaderas no llevaban entonces perlas en el calzado, como acostumbran ahora allí y en Génova y en Venecia”. — A todo esto, Tomás de Aquino escribía sus obras inmortales, la escuela de Medicina de Salerno y la de Derecho de Bolonia atraían los estudiantes a miles, y al lado de los artistas — de Cimabue, de Nicolás de Pisa o de Casella — brillaban, cual astros de primera magnitud, los jurisconsultos Acurre y Pedro de Vignes, el matemático Leonardo Pisano, el célebre viajero Marco Polo y el enciclopedista Brunetto Latini. — Hay barbarie y brutalidad, contrastando con un sutil refinamiento; hay epicúreos como Farinata y hay místicos como los *joaquinistas*.

En el Piamonte la casa de Saboya, la de los marqueses de Saluzzo y la de los marqueses de Monferrato (de la dinastía de los Aleramici, cuya Corte era célebre por una ostentación comentada en los versos de los poetas) vivían en constantes escaramuzas. — Las tres repúblicas marítimas — Pisa, Venecia y Génova — muy poderosas, gracias a haberse adueñado durante la época de las Cruzadas del comercio de Oriente con Occidente, agótanse en luchas prolongadas o en internas conmociones. — En el Sur, el nieto de Federico II, Conradino, sucumbe en sus más floridos días sobre un cadalso en la plaza de Nápoles. — Sicilia entrégase a Pedro III de Aragón tras una espantosa matanza de franceses. — En Roma, después de vencida por el Emperador y el Papa aquella república al frente de la que se puso Arnaldo de Brescia, a quien se quemó vivo arrojándose sus cenizas al Tiber para que el público no las venerase (“*ne a stolidi plebe corpus ejus venerationi haberetur*”, según afirma Otón de Fresinga), llegamos al esplendor del poder del Pontífice cuando el jubileo de 1300, sin perjuicio de que un Colonna abofetee a Bonifacio VIII, de que los Ursinos le guarden prisionero y de que perdure un recuerdo perenne de las



glorias pretéritas pronto a alentar a los secuaces del gran tribuno Nicolao Rienzi. — En la región lombarda y dentro de cada ciudad, eran diarias las contiendas entre *gibelinos* y *güelfos*, entre pueblo y nobles, entre estas y las otras familias; y la clase media, necesitada de paz y de tranquilidad, acabará — según ya hemos dicho — por preferir, al desorden, incluso los bárbaros arrestos de un tirano. — En otras partes perdura el mundo feudal: la marca de Treviso, los montes Euganeos y las faldas de los Alpes, ofrecían multitud de puntos fuertes, donde se mantuvieron los antiguos barones; otro tanto ocurre con las estribaciones del Apenino. Así, de uno u otro modo, se adueñan del poder, v. gr. los Palavicinis en Cremona, los San Bonifacio en Mantua, los Escotos en Plasencia, los Languschis en Pavia, los Vignatis en Lodí, los Ruscas en Como, los condes de Mangona en los castillos del Elci, de Gavorrano de Scarlino, de Monte-Rotondo y otros de la Marisma, los Ubertini en Soffena y en Gaville, los Guidalotti en Sommaja, los Baglionis en Perusa, los Manfredos en Faenza, los Scalas en Verona, los Malatestas en Rímini, los Picos en la Mirándola, los Pépolis en Bolonia o los Montefeltros en Urbino. — De estos señores húbolos cultos, magníficos y que procuraban conservar las apariencias de representantes del popular; pero también tenían que ser siempre enérgicos, hasta crueles, de cuerpo robusto y de indomable ánimo.

Entre la Liguria y el territorio latino queda la Toscana, rincón privilegiado del planeta que — como el Ática — debe ser considerado uno de los santuarios del humano espíritu. — La antigua Etruria sufrió mucho, desde la caída del Imperio, con las repetidas invasiones, y así vino a verse repartida en una porción de señoríos en los que las casas gobernantes eran frecuentemente extranjeras. — Al fin impuso algún orden en Toscana la dominación de los Marqueses, si bien fué a costa de que no cuajasen a orillas del Arno los municipios y ciudades libres, ornamento de la región lombarda. — Concluída, con la condesa Matilde, una estirpe gloriosa, las luchas que surgieron con motivo de la herencia, dieron ocasión de emanciparse a los Comunes, y éstos, o supieron adquirir privilegios o los usur-

paron. — De tal manera destacan y ocupan un lugar preeminente, Fiesole, la traficante Pisa y Florencia la inmortal.—Esta Florencia, tan alabada por Cicerón, aparece en el siglo x como el murado recinto donde se guarecen gentes patricias que amenazaban a la continua a los campesinos de los valles; pero las clases trabajadoras muévense buscando libertad, y en 1105 se celebró, por obra del Obispo Raniero, la primera reunión de ciudadanos. — Muy poco después los florentinos emplearon sus fuerzas en sojuzgar a los nobles de la comarca, mientras atraían una gran masa de gentes forasteras con extraordinarias franquicias. — En aquellos lustros los pisanos se gastaban, combatiendo a Lucca y a los genoveses; Florencia aprovechó de la ocasión y se engrandeció con la Agricultura, con la Industria y con el Comercio, empezando a destacar algunas familias opulentas, cual las de los Bardi, los Frescobaldi y los Mozzi. — En un momento fatal enemistáronse los Buondelmonti con los Amidei, y como aquéllos y éstos buscasen apoyo fuera de la población, complicóse la discordia, formándose las dos facciones de Güelfos y Gibelinos, que se expulsaban mutuamente y que requerían la alianza de otros municipios o de otros señores feudales.

En días de Federico II, los Uberti—de la facción gibelina — prevalecen en Florencia, de la que arrojan a los Güelfos, con lo que pudieron establecer un gobierno aristocrático que arruinó a la urbe y resultó a los ciudadanos tan insopor- table, que éstos, reuniéronse en la plaza de Santa Croce, abo- lieron el cargo de *Podestá* y se constituyeron en república, poniendo al frente del Gobierno un Capitán y una Señoría en la que entraban dos individuos de cada barrio; organizóse igualmente la milicia, imponiendo a todos la obligación de acudir en torno del *carroccio* — en que iba la bandera blanca y encarnada — en cuanto la campana *martinella* comenzase a sonar. — Florencia venció a los imperiales en Poggibonzi y en Volterra, y obligó a incorporarse con el partido Güelfo a Siena, Arezzo y Pistoya.—Pero los emigrados aristócratas Gibelinos, y sobre todo Farinata de los Uberti, que iba al frente de ellos, recaban el auxilio de importantes contingentes alemanes, y

con tal refuerzo derrotan en 1260 a los ciudadanos en la batalla de Monteaperti “que todo el Arbia coloró de rojo”. — Los Gibelinos, en su furor, quisieron destruir Florencia, que se salvó gracias al magnánimo Farinata; sin embargo, la reacción trajo terribles castigos y una reforma del municipio conforme al sistema imperial.

Pocos años después — en 1267 — el triunfo de Carlos de Anjou adjudica definitivamente el poder a los Güelfos, quienes reciben del Papa la bandera con el águila roja en campo blanco, nombran Capitán a Giano de la Bella a quien se tildaba de traidor por su origen noble, y se comenzaron las persecuciones y las confiscaciones de bienes. — Los del partido aristócrata emigran casi todos, e incorporándose al obispo Guillermo de los Ubertini obtuvieron algunas ventajas hasta que fueron nuevamente desbaratados en Campaldino (1289).

En el orden interno, las clases trabajadoras de Florencia, que aspiraban a intervenir en el Gobierno de la República, lograron en 1282 se implantara la nueva institución de los *priori*, elegidos entre los diferentes gremios de Artes y cuyo cargo duraba dos meses. — Con ello se daba un nuevo paso hacia la democracia, aunque conviene advertir que dichos *priori*, procedían de las *Artes Mayores* exclusivamente, apartándose de tan altas funciones a los de oficios bajos. — Los nobles florentinos, ansiosos de salir de la humillante condición en que quedaban, no se resignaron a ser regidos por los burgueses, y buscaron el subterfugio de inscribirse en las corporaciones, para, de este modo, poder ser elegidos priores y recobrar su antigua preponderancia, no desaparecida del todo en el orden social, pues dueños de vastas extensiones de territorio en los campos, tornábanse otra vez arrogantes y altaneros. — Ante este peligro, y por iniciativa de Giano della Bella, aprobáronse las *Ordenanzas de Justicia* (1293-94), que excluían del *priorato* a los nobles y castigaban duramente cualquier acto de violencia cometido contra un burgués; para hacer ejecutar las Ordenanzas se nombró un *Gonfaloniere de giustizia*, investido del derecho de hacer tocar la campana con la que se convocaba la milicia popular. — Los nobles culparon a Giano della Bella

“de las acciones cometidas por carniceros y otros hombres feroces y criminales”, logrando sublevar a las masas contra el gonfalonero que, desterrándose voluntariamente, trasladóse a Francia, donde murió.

Con tales sucesos aumenta la efervescencia, volviéndose pronto a los disturbios y a la lucha franca de los partidos. Por aquel entonces se introdujeron en Florencia las denominaciones de *Blancos* y *Negros*, procedentes de la vecina ciudad de Pistoja, en la que servían para designar a las dos ramas rivales de la misma familia güelfa de los Cancellieri.—En Florencia figuraba al frente de los Blancos (gibelinos) la familia de los Cerchi, que había acaparado grandes riquezas con el comercio: los Negros (güelfos intransigentes) obedecían al patrio Corso Donati.—Combatióse de nuevo en calles, puentes y plazas, surgiendo frecuentemente conflictos en los bailes, en los funerales, en las bodas.—Los Negros acudieron al papa Bonifacio VIII, que andaba negociando con Florencia, inspirado en el secreto propósito de incorporar la Toscana a los dominios de la Santa Sede.—El pontífice envió a los florentinos, con título de *Pacificador*, a Carlos de Valois, a quien había llamado a la península italiana cuando las guerras de Sicilia, con la condición de que procurara entregar el poder a los Negros.—El francés entró en Florencia en el mes de Noviembre de 1301, y los Negros cometieron todo género de tropelías, saqueando las casas y los bienes de sus enemigos, incendiando y desterrando a una porción de gente influyente y de hombres ilustres.

Florencia, desde entonces, figura a la cabeza del partido Güelfo: contra ella se dirigió, al frente de un ejército numeroso, el Emperador Enrique VII, esperanza de los Gibelinos, que tuvo que replegarse sobre Pisa al ver diezmadadas sus tropas por las enfermedades.—Con la muerte de Enrique VII—quien falleció el 1313, en la abadía de Buonconvento (Toscana)—, puede decirse que concluye el añejo ideal que había motivado entre los soberanos de Alemania y los Pontífices, una de las contiendas más porfiadas y trascendentales que recuerda la Historia.—Los florentinos, que volvieron pronto a sus discor-

días intestinas, admitieron — ansiosos de paz — un tirano, en Gualterio, duque de Atenas (1342): pronto un motín acabó con un gobierno que se hacía más y más insoportable. — Y mientras los nobles y los burgueses siguieron combatiéndose, creció la audacia de la plebe (los *ciompi*). — Entre tanto la familia de los Médicis, de humilde origen, trabajaba y se enriquecía elevándose, poco a poco, por cima de las demás, y preparándose para encargarse, el día de mañana, de la dirección de los negocios públicos.

Las vicisitudes de la política interior y exterior de la urbe florentina, con ser tan interesantes, no son lo de más importancia en el desenvolvimiento de la ciudad durante aquella época. — No obstante tantas revoluciones, a pesar de tantos disturbios, avanzaba en ella una civilización renaciente. — Por los tiempos en que se escribió *La Divina Comedia* contábanse allí 30,000 hombres en estado de llevar las armas y 80,000 en todo el territorio; las rentas públicas subían a 300,000 florines, mientras los gastos no pasaban de 39,000. — De los 150,000 habitantes, unos 10,000 iban a las escuelas donde se daba la primera enseñanza, 1,200 a las de Aritmética y 600 a las de Gramática y Lógica. — En la ciudad había ciento diez iglesias, veinticuatro monasterios de mujeres, setecientos monjes y treinta hospitales con mil camas. — Según datos de Villani, contábanse 60 médicos y cirujanos, 100 droguistas, 146 maestros albañiles y carpinteros, 500 zapateros, 200 fábricas de tejidos de lana que elaboraban, anualmente, de 70 a 80,000 piezas de paño cuyo valor era de millón y medio de florines, y 24 casas que se dedicaban a giros, etc., oficiando de verdaderos Bancos. — Las edificaciones magníficas se multiplicaban, y se desenvolvían las Bellas Artes. — En 1298 empezó a construirse Santa María del Fiore, y al año siguiente el palacio de la Señoría, obras debidas a Arnolfo del Cambio, a cuyo lado trabajaban Cimabue y Giotto. — Como había dinero en abundancia, la vida era espléndida y lujosa: los Cronistas describen casi increíbles alardes de ostentación y fausto. — Pero, al mismo tiempo, nótese también — entre la aparatosa trama — la rudeza inherente a aquellas edades: hay grosería, hay abuso, por parte de los

fuertes, hay relajación en las costumbres, hay supersticiones o incredulidad absoluta, hay grandes virtudes y grandes delitos, hay ambiente, en fin, para que vivan y se muevan caracteres resueltos, “fisonomías morales que no se amolden a un tipo común”.

En este mundo, tan distinto del actual, nació y vivió el Dante.



### III

#### El Altísimo poeta

---

¿Quién era el Dante?

Durante o Dante Alighieri vió la luz en Florencia el 8 de mayo de 1265, en una casa que se conserva todavía. — Los antecedentes de su familia se conocen perfectamente, gracias al mismo poeta que nos los proporciona en los cantos XV, XVI y XVII del *Paraíso*: descendía, por parte de padre, de los Frangipani, que se establecieron en la ciudad del Arno, hacia el siglo IX, poniendo su residencia en el barrio de San Piero. — Cacciaguida, que nació hacia 1090 ó 1091, y que siguió al Emperador Conrado a la Cruzada, sucumbiendo a manos de musulmanes, tuvo por hermanos a Moronto y a Eliseo, casando con una Alighieri procedente de la hermosa llanura regada por el Pó. — Cacciaguida y sus sucesores pertenecieron constantemente al partido güelfo. — El padre del Dante era un sutil juriseconsulto, y su madre — Donna Bella — una mujer muy ilustrada y de ardiente imaginación: en el hijo se reunieron la razón y el juicio del uno con la sensibilidad y la voluntad de la otra. — Huérfano desde muy corta edad, fué confiada la educación del Dante al célebre Brunetto Latini, secretario de la República y afiliado al partido Güelfo más como demócrata que como Papista. — Brunetto Latini inició a su discípulo en todos los sectores científicos, literarios y morales, que abrazaba el círculo de los estudios de aquella época: el ansia de saber del

joven hizo maravillas, y luego que cursó algunos años en la famosísima Universidad de Bolonia y en la de Padua, hallóse en posesión, no sólo de la Jurisprudencia, del Latín y del Griego, sí que también de la Filosofía, de la Teología, de la Historia y aun de las Ciencias Naturales, completándose de este modo la enciclopédica y extensa cultura de quien había de producir la verdadera *Summa* de los conocimientos de la Edad Media.

Cuando Dante Alighieri tenía escasamente diez años, vió — asistiendo con sus padres a unas fiestas celebradas en casa de Fulco de los Portinari, rico ciudadano — a la hija de éste, *Bice* (Beatriz). — Según Bocaccio, la niña, que no pasaba de ocho abriles, “era muy graciosa, amable y noble en sus modales, hermosa de rostro, y se expresaba con más gravedad de la que su edad requería: el caso es que hirió de tal manera el alma del poeta que ningún placer pudo en lo sucesivo desterrar ni borrar aquella imagen tan encantadora.”

A pesar de las palabras tan concluyentes de Bocaccio, este célebre episodio de Beatriz, enigma de la historia del autor de *La Divina Comedia*, antes pertenece a la parte anecdótica de la existencia del Dante que a su verdadera biografía. — Para algunos comentaristas e investigadores, Beatriz existió, y el poeta altísimo la amó antes de idealizarla en sus versos; para otros, *pudo existir*, pero sin que el Dante la amase, limitándose a hacer de ella el símbolo de la Teología y de la Gracia. — Algunos — más escépticos — incluso niegan la existencia de Bice. — Nuestra Pardo Bazán, poniéndose en un término razonable, y luego de manifestar extrañeza ante la actitud del autor de *Vita Nuova*, que aun fingiéndose ardiente enamorado “no trató ni por casualidad de acercarse a su adorada y la vió tranquilamente unirse a Simón de Bardi”, agrega: “lo más verosímil es que la insignificante florentina — como la Aldonza Lorenzo del *Quijote* — cruzase por el mundo sin sospechar cuanta gloria la estaba reservada; y la Poesía, burlando las bendiciones y los mandatos de la Iglesia, desdeñando los hechos, arrebató su consorte a Simón de Bardi, y enlazó indisolublemente, ante la posteridad, los nombres de Dante y Bice”. — En realidad, parece que fué hacia el 1287 el matrimonio de



Simón de Bardi con Beatriz de Portinari; y si ésta murió en 9 de junio de 1290 y un año después publicó el Dante su *Vita Nuova*, el hecho es que, de allí a muy poco (1292 ?) el Alighieri se juntó en matrimonio con Gemma, de la noble casa de los Donati, y con Gemma tuvo seis hijos, aunque no conste la dedicase *ballatas*, ni siquiera una sola *terzina*.

Quienes no quieren romper con el mundo de la tradición, siguen al pie de la letra las indicaciones de la *Vita Nuova*. — El Dante queda sumido en amargura y en tristeza, cuando “el Señor de la Justicia llamó a aquella alma noble a su seno, bajo la protección de la bendita Virgen María, cuyo nombre había sido muy venerado en las palabras de la bienaventurada Beatriz”. — Entonces el espíritu, tan inflamable, del Alighieri, arrastrado por un amor — acaso no verdadero, sino de *literatura* (imaginado, más que real) — reconcentróse y destiló páginas, donde se pintan, por admirable modo, estados psíquicos y tribulaciones recónditas; hay melancolía, hay entusiasmo, hay ensueños dulcísimos, aunque cabe sospechar que también hay artificio en medio de un aparente candor. No falta quien asegure que el poeta tomó el hábito de San Francisco y dió comienzo a su noviciado en el monasterio de San Benedetto in Alpe, en las gargantas del Apenino. — No fué en aquel momento únicamente cuando quiso retirarse de las luchas del mundo: durante muchos desfallecimientos, acibarado por desgracias y contrariedades tuvo la misma idea, que le persiguió hasta última hora, ya que al morir manifestó sus deseos de que le amortajasen con la vestidura de los franciscanos y fué sepultado en la iglesia que los mismos tenían en Rávena. — Las floraciones de una sensibilidad tan exquisita fructifican en una porción de *Canzones* que, como la *Vita Nuova*, tuvieron acogida excelente. Conviene advertir que el Alighieri, desde muy niño, compuso versos y mantuvo correspondencia con poetas insignes, entre ellos, Guido Cavalcante, Cino de Pistoia y Dante de Majano.

La situación de Florencia, análoga a la de otros muchos municipios de Italia, y tan parecida — por la bulliciosa fermentación — a la de las pequeñas repúblicas de la Grecia del

siglo v antes de J. C., impulsó a Dante a la lucha política. — Fiel al partido adoptado por sus mayores, figuró al principio, como Güelfo. — En el altísimo poeta no predominó el tesón del sectario; pero cabría hallar la alta idea de sí propio, y acaesó algo de excesiva ambición que le llevaba a creerse capacitado para desempeñar las magistraturas preeminentes de la República.

El momento, para Italia, era extraordinariamente crítico: frente a los Hohenstaufen, los Pontífices habían buscado apoyo en Carlos de Anjou, hermano de San Luis; y Carlos vence en Grandella a Manfredo, hijo natural de Federico II. — El francés ciñóse la corona de las dos Sicilias, mientras los Gibelinos pusieron sus esperanzas en un nieto de este citado Emperador — Conradino — quien derrotado y hecho prisionero en Tagliacozzo, recibió ignominiosa muerte sobre un cadalso en la plaza de Nápoles: los sicilianos le vengan con una horrible matanza efectuada al toque de vísperas el 31 de marzo de 1282, y buscan la protección y ayuda de Pedro III *el Épico*, de Aragón, quien consiguió importantes victorias sobre Carlos I de Anjou, que murió en 1285, sucediéndole Carlos II el Cojo, también de la misma casa francesa. — Carlos II de Anjou, protegido del Papa y jefe del partido Güelfo, pasó por la urbe florentina, en 1289, para ir a tomar posesión de la Corona: los hombres más importantes de la ciudad salieron a recibirle, y entre ellos figuraba el Dante, quien fué presentado al Príncipe por Brunetto Latini. — Y como por aquel entonces los gibelinos de Toscana dieran señales de vida—triunfando en Arezzo, capitaneados por el obispo Guillermo de los Ubertini — Florencia, tan ardiente papista y demócrata, empuñó las armas, viniendo a encontrarse las fuerzas rivales cerca de Bibiena, en Campaldino (1289), donde hubo un derroche de valor por parte de los Cerchi, del barón de los Mangiadori de Sanminiato, del propio obispo de Arezzo, y de Corso Donati, y donde se distinguió por extraordinario modo el Dante, quien, aun después de los laureles del triunfo siguió combatiendo y asistió al cerco de Caprona.

Hecha la paz, *el Poeta* — como todos le llamaban — inten-

sificó su acción en la política: para amoldarse a las exigencias de aquella celosa democracia en la que los miembros del Gobierno procedían sólo de las Artes Mayores, quedando excluidos lo mismo los plebeyos que los aristócratas, matriculóse entre los médicos y farmacéuticos, apareciendo su inscripción en un Registro del 1297 en esta forma: *Dante degli Alighieri, poeta fiorentino*. — El Dante hizo una rapidísima carrera: sus discursos enérgicos, rodeáronle del aura popular, y pronto fué designado para el desempeño de varias importantes misiones en Ferrara, en Perugia, en Roma y hasta en París (1295), donde al mismo tiempo que concluyó un tratado entre Florencia y Francia ganó el título de bachiller y terminó los estudios precisos para obtener el grado de doctor en Sagrada Teología.

De regresó a su patria y después de figurar en diversos asuntos y ocasiones como representante de la liga güelfa (1299), fué elegido a mediados de junio de 1300 *prior* con otros cinco colegas oscuros: estos seis magistrados—los *priori* o priores de las Artes y de la Libertad—constituían un Consejo encargado de la gobernación del territorio bajo la presidencia del *gonfaloniere de giustizia*. — En semejante escuela, puesto en continuo contacto con los hombres conoció cómo dentro de cada corazón caben o el cielo o el infierno, encontrando materiales sobradísimos para *La Divina Comedia* que fué bosquejando primero en latín y que luego redactó en el dialecto de Toscana.

Dentro de Florencia los aristócratas aguardaban impacientes el momento de actuar. — La situación complicóse con la rivalidad de dos familias, la de los Cerchi y la de los Donati, que tomaron respectivamente los nombres de Blancos y Negros y que comenzaron entre sí una lucha despiadada. — Blancos y Negros eran *güelfos*; pero en el furor de la contienda, deseando unos y otros contar fuera con auxiliares, acercáronse los Negros al Papa y los Blancos al gibelinismo. — Dante, comisionado por los *blancos*, trasladóse a fines del 1300 a Roma y trató de inclinar hacia los suyos el ánimo del Pontífice, consiguiendo de éste tales promesas que le hicieron volver a Florencia muy esperanzado. Pero, como dice Dino Compagni,

las “palabras llenas de falsedad del Papa fueron más peligrosas que las puntas de las picas”, porque Bonifacio, al habla con los Negros o güelfos intransigentes, envió sobre Florencia con título de *Pacificador*, a Carlos de Valois, motivando con esto nuevas disensiones y alarmas y otra embajada del Dante a Roma donde rogó inútilmente se evitase lo que llamaba la destrucción de su país. — Durante la ausencia del Dante penetró en Florencia el de Valois, y en unión de los *negros* entregó la ciudad a todo género de horrores. — El partido triunfador, harto de incendios, saqueos y muertes, comenzó a desterrar a las personas más importantes, figurando en las listas, además de Dante Alighieri, su amigo Guido Cavalcanti, filósofo y poeta, Dino Compagni el historiador, y Petracco della Ancisa, padre del Petrarca. — El terrible *podestá* Cante de los Gabrielli hacía recordar con sus arbitrariedades, las proscripciones de Sila en la Roma de otros siglos: acusábase a los desterrados, de haberse opuesto a la entrada del Príncipe francés, de haber vendido la justicia y de haber recibido dinero contra la expresa prohibición de las leyes. — Por otra sentencia agravante y definitiva, se condenó al Dante en 10 de marzo de 1302 a ser quemado vivo, caso de ser prendido en el territorio de la República. — Dante, que residía en Roma, vióse sin asilo y arruinado: supo que el fuego y el pillaje habían devastado su casa y que le habían sido confiscados los demás bienes. — Su mujer, Gemma Donati, apenas pudo salvar en los cofres algunos objetos preciosos y varios manuscritos de su marido, entre los que se contaban los de los siete primeros cantos del *Infierno*.

Desde este instante comienza para el Homero cristiano una vida de sufrimientos y amarguras que envenenan aquella alma tan delicada y sensible. Independiente y orgulloso, arrastrando el manto regio de sus ilusiones, devorando hiel, padeció las más dolorosas torturas del espíritu, cuando ante la precisión de tender la mano y de mantenerse de limosnas, tuvo que bajar con dolorosa fatiga las escaleras de las casas de unos cuantos magnates, sus protectores. Su temperamento hizose, en la adversidad, acre y bilioso, melancólico y concentrado. El Dante

proscrito conspiró y anduvo como errante peregrino de Roma a Siena, de Siena a Bolonia, de Bolonia a Arezzo, donde contrajo con el *podestá* Uguccione una amistad firme, que le llevó a dedicarle la primera parte de la *Trilogía*. — En 1305 presentóse en Verona el Alighieri y escribe un libro filosófico que intituló *Il Convito* (El Banquete) y el Tratado sobre la lengua vulgar (*De Vulgari Eloquio*). — En 1306 encontrábase en Padua y allí sirvió de embajador a Franceschino Malespina, a cuyo hijo mayor, Morello, dedicó el *Purgatorio*; de Padua trasladóse a Lunigiana, e inquieto siempre, emprendió viajes más prolongados, incluso a Francia, donde parece estuvo de nuevo hacia 1308.

Reanimáronse todas sus esperanzas cuando se enteró de que el Emperador Enrique VII de Luxemburgo preparaba una expedición a la península del Apenino: por entonces tomó la pluma y redactó su tratado *De Monarchia Mundi* y corrió a entrevistarse con el soberano alemán, a quien enderezó una terrible epístola en que le incitaba, a marchar sobre Florencia y entrarla a sangre y fuego, ya que en ella tenían los del bando güelfo “su vital principio”. — El resultado desastroso de la expedición de Enrique VII puso otra vez al Alighieri en el trance de continuar su existencia inquieta y azarosa, y vémosle sucesivamente en el Casentino, en la torre de Porciano, en Génova, en Luca, en los castillos de los condes Guidi, en Udina, en casa del güelfo Pagano della Torre y en la de Bozon, en Agubbio. — Hacia 1320 sostenía en la iglesia de Santa Elena de Verona una tesis sobre los dos elementos: la tierra y el agua (*De Duobus Elementis, aquæ et terræ*). — En algunos momentos hubo que librarle de la venganza de quienes, como a Branca Doria, arrojó en vida a su *Infierno*. Pero siempre pensó en Florencia, a la que amó con idolatría y por la que sintió nostalgias que llegaban a convertirse en ira, en saña, en furia, en la rabia, en fin, del enamorado, celoso por ausente: era un sentimiento complejo en que entraban el amor y el odio, la dialéctica y la poesía. — Hasta cuando suplicaba a Enrique VII que arrasase la ciudad — bien lejos de la resolución que en días no muy lejanos tomó el magnánimo Farinata — ha de verse la exalta-

ción de quien prefiere contemplar mejor muerto que en poder de otro lo que era el objeto de una pasión frenética.

El orgullo del Dante no permitió a su patria recibirle con humillaciones, que venían tan en desdoro del uno como de la otra. — Por intercesión de sus amigos ofreciósele el permiso para regresar a Florencia siempre y cuando pagara una multa y presentara personalmente una ofrenda expiatoria en la iglesia de San Juan, según la costumbre usada en tiempos antiguos por los criminales. — La respuesta (se la dirige a un religioso, mediador) parécenos extraordinariamente digna: “¿Es esta la revocación gloriosa que llama a Dante Alighieri a su patria después de un destierro de cerca de tres lustros? ¿Es este el precio de los sudores y de la incesante labor de mi espíritu? ¡Lejos del hombre iniciado en la Filosofía la extraña bajeza de ofrecer en oblación a la vergüenza su persona! ¡Lejos del hombre que predicaba la justicia, el pensamiento de comprar el perdón con dinero y de tratar como bienhechores a los que le han ultrajado!—No, padre, yo no volveré a mi patria por ese camino. Si vos, o cualquier otro, hallase un medio que no sea un insulto a mi honor y a mi fama, le acepto, y no marcharé despacio; mas si para entrar en Florencia no hay otra vía, jamás volveré a Florencia. ¡Pues qué! ¿No veré en todas partes el sol y los astros? ¿Bajo qué cielos no podré contemplar la verdad? Preciso es para esto que yo me envilezca y que aparezca vestido de ignominia ante el pueblo y la ciudad de Florencia. No...” — Como contestación a estas palabras admirables, Rinieri, a nombre del rey Roberto, hubo de dictar nueva sentencia confirmando las anteriores. — El Dante continuó en su vía dolorosa e incluso enfermó de la vista. — El lamento, la queja, se escapan más de una vez de sus labios. — Espanta imaginarse la situación de ánimo que expresan las frases siguientes: “Desde que plugo a los moradores de la bella y famosa hija de Roma, Florencia, expulsarme de su dulcísimo seno (donde fui nutrido hasta llegar a la plenitud de la vida y donde anhelo de todo corazón reposar y acabar mis días), voy por doquiera que se extiende nuestro idioma, *peregrino y casi mendigo*, mostrando contra mi voluntad la herida de la for-

tuna. Como barco sin velas ni gobernalle, fuí arrojado de playa en playa y de puerto en puerto *al capricho de la implacable miseria*; y aparecí vil a los ojos de los que, por mi fama, me imaginaban glorioso; y no sólo se envileció mi persona, sino mis obras ya escritas y las que faltaban por escribir....—Concibió una tan gran cólera contra el bando en que militaran sus antepasados y al que él perteneció igualmente que, según Bocaccio, “una mujercilla, un niño a quien hubiera oído discurrir de asuntos de partidos y condenar la opinión gibelina, le habrían enfurecido hasta el punto de apedrearlos, si no se hubiesen reducido al silencio.”—Llegó incluso a hacerse intransigente, y cuando en *Il Convito* expone sus teorías filosóficas, asegura que a quien defendiese las opuestas “sería preciso responder con el cuchillo y no con la palabra”.

El último período de la existencia del Dante fué, sino más feliz, bastante más tranquilo. Contando con la protección de Guido V da Polenta, residió en Ravena, llamando junto a sí a su familia, los dos hijos mayores y una hija que contaba de diez y ocho a diez y nueve años; rodeóse de algunos buenos amigos, revisó y concluyó la *Trilogía* y aun trató de fundar en aquella población una escuela literaria. — Los odios de partido vinieron a robarle esta tranquilidad, buscando nuevas persecuciones con pretextos de orden religioso: de ellas alcanzó a librarle la muerte. — Tras un corto viaje a Venecia, donde fué a realizar cierta misión, regresó a Rávena y falleció a los pocos días (el 14 de septiembre de 1321). Sólo tenía cincuenta y seis años; pero, como escribe otro espíritu apasionado que también sufrió mucho por sus ideales, “a los cincuenta y seis años de edad era ya un viejo, no por los años, sino por las penas, esas penas que consumen más que los años. — Una existencia que se va en tantos pensamientos y en tantos gemidos, tuvo que acabar cuando acabó, porque la flor que exhala demasiado aroma no puede durar mucho.”

Numerosísimas efigies y retratos (grabados, pinturas o esculturas), se han hecho representando al insigne poeta. — Tenemos una amplísima colección ante nuestros ojos en una obra de autor inglés, y casi todos ellos se parecen. — Menos en

el que pintó el Giotto, donde aun alienta el éxtasis iluminado por la sonrisa de Beatriz, en los otros el mundo interior refléjase de una manera sombría en el semblante de aquel que descendió al Tártaro. — Baje la frente espaciosa delinéanse las cejas duramente arqueadas, cobijando los ojos de mirar profundo, que en una cara huesosa, con las chupadas mejillas, con la boca sumida y con la nariz aguileña, producen un conjunto delator de tristeza misteriosa, trasunto fiel del alma en que batallaron de continuo las desgracias y los ideales. — “Su carácter — dice doña Emilia Pardo Bazán — era grave y ardiente; sus pasiones vivas, indómitas y profundas; su ánimo, varonil y heroico...; su inclinación a mujeres desatada y fogosa, a pesar de su fe; su genio, arrebatado, altivo, brillante e iracundo en los primeros instantes, y después resignado con magnanimidad, nota propia de los fuertes... A todas las flaquezas del genio unió Dante todas las flaquezas del hombre; pero sus flaquezas no degeneraron en vilezas jamás.”

A nuestro juicio las tres características del Dante fueron: una reflexión profunda, bien servida por una cultura intensa y extensa; una exquisita sensibilidad, y la vehemencia propia de todos los apóstoles. — El momento histórico en que vivió le favoreció muchísimo: comprendió y sintió a la vez el mundo pagano y el mundo de las doctrinas cristianas. — Y juntando en superior armonía el Espíritu y la Naturaleza, lo real y lo ideal, adivinó esa síntesis, norte y fin de los humanos en su avance por la vía del progreso.

Como se verá a continuación, Dante fué — cronológicamente — el primero en el ciclo literario de los *humanistas*; pero en sus obras hallábanse también las semillas de todo el *Renacimiento artístico*, de la *Reforma*, del *Renacimiento científico* propio del siglo xvii, de la *Revolución*, del *Romanticismo*, del movimiento propulsor que trajo el resurgimiento de las *nacionalidades*, y aun del cosmopolitismo actual que cristaliza en la *Sociedad de Naciones*. — El Dante es un vidente que sabe iluminar las densas tinieblas de todo el porvenir; y para ser útil habló a sus contemporáneos de modo que pudiera educarles sin escandalizar ni aun a los más tímidos.



Con razón dedicóle, como epitafio, Francisco Petrarca unos versos, que traducidos dicen: "Aquí yace la soberbia columna de la elocuencia de Roma, la gloria del pueblo toscano, honra y príncipe de los poetas, Dante Alighieri. — Desterrado de la ciudad natal por la envidia, iluminó todo el orbe con su fama, porque para él no tenían secretos ni los movimientos de los astros, ni los rayos del cielo, ni las intenciones de los dioses, ni la voz del futuro, ni los signos de las edades. Jamás le engrió la suerte propicia, ni le desalentó la desgracia. Como baluarte firmísimo, desafió la variable fortuna. Libre de concupiscencias buscó sólo la virtud y todo lo que es noble. — Por eso la envidiosa muerte no pudo ofuscar su gloria; su nombre será recordado y venerado en los siglos de los siglos, y su fama será eterna."

Y el Dante no es la *Vita Nuova*, ni *Il Convito*, ni las *Canzones*, ni el *Tratado sobre el idioma vulgar*, ni aun las *Epístolas*; el Dante es, ante todo y sobre todo, el autor del *Paraiso*, del *Purgatorio* y del *Infierno*.



IV

«La Divina Comedia» y el Renacimiento

---

Pasaron ya los años en que era tema a discutir si correspondía al Dante figurar entre los luminares del *Renacimiento*. — Hoy sólo algún espíritu amigo de la paradoja — como Berthelot — puede afirmar que el Alighieri es un hombre exclusivamente de la Edad Media; aunque pocas páginas más adelante tiene que aceptar en el vidente de la *Trilogía*, el símbolo y representación de un movimiento renovador intenso. E incluso reconoce hubieron de considerarlo — cuantos se dejaron arrastrar con la corriente — por corifeo y apóstol en el que adoraban, y a “cuya tumba llevaron los cirios que venían ofrendándose al Crucificado.”

Burckhardt asegura muy fandadamente que las manifestaciones que caracterizan el *Renacimiento* pueden ser clasificadas en seis grupos: la resurrección y fomento de la Cultura; el conocimiento o sea el descubrimiento del mundo y del hombre; la renovación del organismo del Estado; la educación, con arreglo a principios razonables, del individuo; la forma nueva de la sociedad y de sus solemnidades, y la transformación de la religión y de las costumbres. — Pues bien, según el concienzudo análisis del propio Burckhardt y el de L. Geiger, eminente catedrático de la Universidad de Berlín, “es Dante el jefe y faro de la literatura del Renacimiento, porque, ora como fundador

ora como colaborador, figura en todas las manifestaciones del mismo en Italia.” — Cabe decir que el autor de la *Vita Nuova* y de *La Divina Comedia* fué — a la par — el Bautista, el Mesías y el incansable apóstol de toda la actividad renaciente.

Para nosotros se sintetiza el *Renacimiento* en sus dos principales orientaciones: el *Clasicismo* y el *Humanismo*. — Veamos el papel que el Dante jugó con respecto a los estudios clásicos y a las Humanidades.

\* \* \*

A medida que se analiza mejor la Edad Media vanse convenciendo los historiadores de que los conocimientos clásicos ni desaparecieron de golpe con las invasiones del siglo v, ni dejaron de tener en ningún momento quien los cultivara. — Hacia el 420, el retórico africano Marciano Capella, aprovechándose del saber del mundo antiguo, compuso en forma alegórica el tratado sobre las *Septem Artes Liberales*, describiendo las bodas de la Filología con Mercurio, quien en el momento de los desposorios, nombra a la Lógica, a la Gramática, a la Retórica, a la Música, a la Aritmética, a la Geometría y a la Astronomía doncellas de su mujer. — Desde el siglo vi utilizábanse en la enseñanza del *quadrivium* extractos de Donato, de Prisciano y de Cicerón, y para el *trivium*, el libro de Casiodoro *De Artibus et Disciplinis Liberatum Artium*; andando en manos de todos los escritos de Boecio que incluían algunas transcripciones latinas de parte del *Organon* de Aristóteles. — La obra maestra de aquellas centurias fué la de nuestro San Isidoro *Originum seu Etymologiarum libri XX*, para cuya redacción pusieron a tributo las fuentes más apreciables de la época anterior a la llegada de los pueblos del Norte. — Con Carlomagno empieza una restauración de la literatura general: no sólo premió a los hombres cultos y buscó profesores sabios, sino que quiso se atendiese al griego y al latín (“*Graecas et latinas scholas in perpetuum manere ordi-*

*navimus*”, dice en una de sus *Capitulares*), y creó en la Corte misma una Academia, cuyos miembros recibieron nombres bien en armonía con las inclinaciones y los gustos de los iniciados: así el Emperador llamóse *David*, Angilberto *Homero* y Alcuino *Flaco*. — En los comienzos del siglo xi el plan de los estudios que se daban en Padeborn (Westfalia) comprendía a Horacio, Salustio, Estacio y Virgilio; a fines de la misma centuria, Bernardo de Chartres empleaba en sus cátedras los textos de poetas, oradores e historiadores latinos y muy principalmente los de Quintiliano y Cicerón; y encontramos citados con relativa frecuencia a Terencio, a Ovidio, a Lucano, a Marcial, a César, a Tito Livio y a Suetonio.

En Italia entraban en juego factores mucho más favorables para que perdurara el ideal antiguo. — Roma seguía siendo la capital del mundo cristiano, y a la par que residencia del Pontífice, rememoraba el Imperio, concepto inseparable de la Ciudad Eterna. El Emperador era el heredero de los Césares. — La magna urbe asentada en las siete colinas junto al Tiber, consideró frecuentemente su institución municipal sucesora del Senado, en el que habló como Tribuno Arnaldo de Brescia. — Las venerandas ruinas del Circo, del Foro, de los paganos templos, aureolábanse de un prestigio enorme y los peregrinos las admiraban mientras adoraban también las reliquias de los mártires. — En las Catacumbas mismas se encontró en el siglo xi, el cuerpo de Palas, hijo de Evandro. — La tradición nacional perdura en las ciudades, en la lengua, y en el seno de las grandes familias, que buscaban, por sus apellidos, entroncar con gentes patricias famosas; así, los Barbi de Venecia, dijeron descender de los Ahenobarbo; los Massimi, de Fabio Máximo, y los Cornaro de Cornelio.

No conviene, sin embargo, dejarnos engañar por las apariencias; si perduraba la memoria, si se mantenían en pie las ruinas, faltaba en absoluto el espíritu que animó a los antiguos. — La Cultura clásica resultaba incomprensible para los seguidores de las doctrinas Evangélicas; entre aquélla y éstas últimas mediaba un infranqueable abismo. — Los monumentos fueron puestos a contribución como canteras, utilizándose

principalmente las columnas en las nuevas iglesias y catedrales; pulverizábase el mármol para que sirviera de cal, y la devastación duró incluso hasta el siglo xv. Nadie se acordaba de los nombres de Praxiteles y de Fidias; algunas estatuas conservábanse y se las empleaba a manera de amuleto, cual la de Regisol, en Pavía. — En Literatura abundan las leyendas cuyos protagonistas son griegos y romanos, pero que por su forma y por su fondo son de cortes completamente medioevales. — Alejandro Magno, que recibe la orden de Caballería el día de San Antero, aparecerá Emperador en sus castillos, rodeado de clérigos y de barones; e incluso al acercarse a Jerusalén saldrá el Obispo a detenerle, mandándole oír una misa, mientras los soldados entonan el *Te Deum*, el Conde Don Demóstenes alborota al popular y Aquiles entra en un convento de monjas (1).

Francisco de Sanctis, amante de su patria, cree que la península del Apenino comprendió mejor el genio de quienes fueran sus pobladores de otras centurias. — Como demostración viene a recordarnos que, según los versos del Dante, las viejas de la Toscana en el siglo xii entreteníanse narrando fabulillas, no acerca de Carlo Magno o de Arthur, sino

De Troiani, e di Fiesole e di Roma.

Pero estas fabulillas de todo tenían menos del sabor de los clásicos; en Nápoles mostraban la gruta donde Virgilio se retiraba a hacer sortilegios; en Mantua teníaese por mago y por santo y hasta el siglo xv se cantaba allí un himno en la misa del Apóstol de las Gentes suponiendo que a la llegada del mismo al puerto de Parténope dirigió la vista hacia Pausilipo donde descansaban las venerandas cenizas de Marón, lamentándose de no haber llegado a tiempo para conocerlo y convertirlo. — A fines del siglo xiv escribió otro poeta una *Crónica mantuana*, y allí se reúnen las invenciones más increíbles y absurdas acerca del autor de la Eneida. — Durante la infan-

---

(1) Véase el *Libro de Alixandre*, poema acaso de Gonzalo de Berceo.

cia del vate tiernísimo sufría la ciudad natal los despóticos mandatos de Arrio el Centurión, quien dió órdenes para que partieran en dos mitades el campanario de San Pedro; Virgilio va a Roma, donde con el favor de Augusto—quien le restituyó los bienes—dedicase a poetizar anunciando la venida de Cristo; después se enamora de una dama hija de cierto caballero principal, dueño de un palacio suntuoso con su elevada torre, y el caballero, ofendido, engañó al mantuano y le afrentó poniéndole en ridículo; pero éste se hubo de vengar, valiéndose de sus conocimientos en el Arte de la Nigromancia y en tal forma, que desagradó a la *santa corona* del César. Las aventuras se multiplican, y unas veces Virgilio transforma en vino el agua, otras construye por ensalmo la vía Apia y el castillo del Huevo, otras, en fin, boga por el aire escapándose de la prisión a que se le castigó, y a sus genialidades hay que agregar todavía las de Merlin *su excelente discípulo*.

El vulgo no sabía aprovechar los materiales que el tiempo conservaba aún: como los monjes en los escritorios, raspaba el pergamino a su modo para poner, donde hubo otra Filosofía, otra Moral, otra Ciencia y otra Cultura, hagiografías pintorescas o el relato de los combates de los guerreros contemporáneos. Las miniaturas de los códices en nada pueden evocar a Parraxio y a Apeles; las púdicas estatuas de corte bizantino, recuerdan al alma el pecado, la redención, y los ejemplos de Jesús o la existencia de ultratumba; los arquitectos abandonan el arco de medio punto por la ojiva. La Naturaleza va siendo mirada con horror, por quienes temen en cada uno de sus encantos, las asechanzas del demonio, del mundo o de la carne...

El verdadero retorno hacia la antigüedad impusieronle la Jurisprudencia y la vida política. Aún los pueblos bárbaros—tras la invasión—tuvieron que buscar enseñanzas, en lo tocante a los problemas administrativos y de gobierno, en el precedente romano. Constantinopla elaboró portentosos Códigos: Italia, que conservó durante siglos el contacto con los países orientales, quiso conocerlos, y en la península formóse una brillante escuela de jurisprudencia que, con su ascendiente intelc-

tual, acabará por hacerse dueña de la mayor parte de las naciones de Occidente. Yrnerio — al iniciarse el siglo XII — empieza a enseñar el Derecho en Bolonia, cuya Universidad es la *lucerna juris* de los tiempos medioevales. Búlgaro, Martino Gosia, Jacobo de Porta Ravenata y Hugo de Alberico continúan la empresa acometida por Yrnerio. — Dante Alighieri empezó hacia 1300 *La Divina Comedia*: las *Siete Partidas* se escribieron de 1256 a 1264.

Pero si la Jurisprudencia es — en su aspecto filosófico — un excelente elemento educativo, ya que tiene que enlazar los dictados de la experiencia con los principios de la razón pura, resulta mucho menos eficaz cuando deriva hacia distingos y sutilezas, hacia el sofisma, hacia la charlatanería y malabarismo de abogados sólo entusiastas del *verba et voces*.

Obrá más trascendente fué la llevada a cabo por la Filosofía. La Iglesia, que la repudió, tuvo que ir poco a poco acogéndola en su seno. — La Escolástica avanza con inseguro paso: primeramente es la Ciencia al servicio de la Teología; después la razón explicando el dogma; pronto la razón será razón, con el dogma o frente al dogma. — Horizontes nuevos preséntanse a todos los espíritus: los hay que aman la luz, los hay que prefieren la tiniebla. — A través de los árabes y de los hebreos viene Aristóteles: el Averroismo consigue prosélitos y discute; Santo Tomás hace un gigantesco esfuerzo en pro de la armonía. Con los juriconsultos y con los filósofos encuéntrase un doble camino para la restauración de la antigüedad: las Cruzadas, poniendo en contacto hombres con hombres, crean un ambiente extraordinariamente favorable. — Es el momento de que surja augusta voz pronunciando el *levántate y anda*: los precursores son Albertino Mussato y Brunetto Latini; pero el Vidente, la espada y el Verbo hiciéronse visibles en el autor de *La Divina Comedia*.

Mussato (1261 - 1330), que nació en Padua, fué político, poeta e historiador; escribió siempre en latín, rechazó los ataques de los teólogos contra la Literatura y trató de hacer a la Ciencia independiente de la tutela eclesiástica. — Imperialista y gibelino, demostró sus gustos clásicos, muy especialmente en

la tragedia intitulada “*Aquiles*”, donde se relata la muerte del glorioso hijo de Tetis y Peleo.

Bruno o Brunetto Latini (1230-1294), a quien Villani nos lo representa como hombre mundano, es decir, vicioso, fué también político y extremadamente docto para su época. — Ya hemos dicho ejerció en Florencia de Secretario de la República, pero ni este cargo, ni sus viajes al extranjero lograron apartarle de los clásicos, que leía y traducía con fruto, conociendo perfectamente el latín, aunque escribió o en italiano o en francés. Su primera obra — *Il Tesoretto* — que quedó sin concluir, debía ser una enciclopedia bajo el disfraz de la poesía alegórica e instructiva. — El autor refiere que regresando de España — de donde pudo imitar este género de producciones — encontróse, atravesando un bosque sombrío, con la Naturaleza que le adoctrinó sobre Ciencias físicas y sobre los fenómenos del Universo. — Más adelante hallóse a la Virtud, acompañada de cuatro hijas (la Prudencia, el Valor, la Sobriedad y la Justicia), y de ella tomó interesantes lecciones de Moral. — Después pretendió el Amor atraer al viajero, que se libró de sus peligrosos lazos merced a la eficaz ayuda de Ovidio. En otra selva a que llegó ya pasado Mompellier, salió a recibirle Tolomeo el geógrafo, pero en tal punto deja Brunetto su poema en el que se ve el modelo que siguió el Dante, lo mismo en la forma que en lo de adoptar como guía a un sabio de la antigüedad, o que en la circunstancia de huir de la sociedad política para entregarse, solitario, a trascendentales meditaciones.

La otra obra de Latini — *El Tesoro* — se escribió en francés, sin aparato alegórico y en prosa corriente. — Destinada a la enseñanza, conserva igual aspecto enciclopédico con resúmenes de Cosmografía, Historia Natural, Geografía, Historia, Ética, Retórica y aun de Política, de la que dice “es la ciencia más elevada y más noble, comprendiendo en sí los grandes hechos que ocurren en la tierra y todas las Artes que se necesitan para vivir en sociedad”. Este libro de divulgación contiene no pocos errores, pero caracteriza el principal propósito de Brunetto; el de desbistar a los florentinos. — Con semejantes orientaciones fué un admirable pedagogo, cuyo mayor elogio queda



hecho con sólo nombrar a su mejor discípulo: el Dante Alighieri. — El autor de *La Divina Comedia*, aunque coloca a su profesor en uno de los círculos del Infierno, le alaba con frases que aparecen plenas de afecto y de sinceridad: “Si todos mis votos se viesan cumplidos — dice a la sombra de su profesor — no estaríais aún vos fuera de la humana naturaleza, porque tengo siempre fija en mi memoria vuestra querida, buena y paternal imagen, al enseñarme en el mundo cómo debía eternizarse el hombre: os estoy tan vivamente reconocido que no cesaré de publicarlo mientras viva.” (*Infierno*, XV, 82 y siguientes). — Con razón asegura, pues, de Brunetto, el poeta Ugolino Verino que “bajo su dirección se despojó la juventud toscana del antiguo atraso”; que “devolvió el lustre y el honor que merece el idioma del Latium”, y que se le deben loor y alabanzas por haber sido “el manantial del Dante”. (*De illustr. urb. Flor.*, 1545, págs. 12 y siguientes.)

El enamorado cantor de *Bice* aprendió con Brunetto — según más arriba indicamos — el Latín, la Gramática, la Retórica y aquellos principios de las Ciencias Naturales y Exactas que completaban la Cultura de su época: luego en los estudios universitarios de Bolonia, Padua y París profundizó en la Teología y en el Derecho. — De esta manera adquirió reputación de sabio, que aun le conservan una porción de biógrafos y comentaristas: probablemente se incurre, incluso en alguna exageración, cuando se le supone versado en el hebreo y en la lengua griega. — Aun es posible que en el dominio y conocimientos que tuvo de los clásicos, no llegara más lejos que su maestro Bruno Latini. Pero, como afirma Geiger “tiene sobre éste el mérito de haber generalizado el impulso dado a tal estudio, que Latini limitaba a los más escogidos. Así cuando de ello se hablaba, Brunetto tomó siempre la actitud del maestro que participa a sus discípulos una cosa nueva y estupenda, mientras Dante se refiere a los hombres de la antigüedad como si fuesen personas conocidísimas, queridos y famosos antepasados, cuyos nombres y hechos estuvieran en boca de sus descendientes, que los recordaran con cariño y orgullo. — Latini, como hombre docto ante todo, había elegido por guía a Ovidio, y

Dante prefirió a Virgilio por ser romano y poeta que cantó cosas de Italia y el desarrollo de la humana familia, y porque era el pensador cuyas ideas, entre todos los poetas de la época clásica, se aproximan más al credo cristiano. Aparte de Virgilio conocía muchos otros autores antiguos, a quienes no solamente cita, sino que se esfuerza por imitar, y hasta toma de ellos, como cosa corriente, vocablos y aun giros y oraciones. Y no sólo conocía a cada autor, sino también el tiempo en que viviera y el que describen, de suerte que el modo de comprender el insigne florentino la historia de Roma fué aceptado por no pocos en los subsiguientes lustros.”

En *Vita Nuova* se ve ya, según dice Francisco de Sanctis “al escolar de Bolonia, henchida la mente de Astronomía y Cábala, de Filosofía y de Retórica, de Ovidio y de Virgilio, de poetas y de rimadores”. — En *Il Convito*, que tiene grandes semejanzas con *El Banquete*, de Platón, acompaña-se Dante de Boecio, compara a su ideal Beatriz con aquella de quien se prendó Pitágoras, hija del Emperador del Uníversono mundo — la Filosofía — y hace revivir, poniéndolos en el mismo plano, a doctores del paganismo, a los padres de la Iglesia y a los sabios musulmanes, citando sin cesar los nombres y las máximas de Hipócrates, de Galeno, de Tolomeo, de Catón, de Ovidio, de Cicerón, de Lucano, de Séneca, de Juvenal, de Estacio, de Tito Livio, de Salomón, de San Agustín, de Dionisio Areopagita, de San Benito, de Alberto el Grande, de Santo Tomás, de San Francisco de Asís, de Abulmanasar, de Averroes, de Alfergan, de Algaceli y de Avicena. — Siempre en Filosofía siguió al *Maestro de los que saben*, como tituló al jefe de los peripatéticos, y al divino Platón; en Literatura, al autor de la *Eneida* y al de la *Epístola a los Pisones*.

Se ha tenido a la gran Trilogía (*Infierno, Purgatorio y Paraíso*) como el prototipo de la epopeya cristiana. Esto no es verdad. — En el libro asombroso, al lado del sentimiento cristiano, campea el amor a la Cultura de la Edad Antigua: el título mismo, más bien aparece puesto por un retórico que por un creyente. En la *Dedicatoria* a Can de la Scala, y después de la frase inicial “*Incipit Comædia Dantis Aligherii*,

*florentini natione, non moribus*”, se dice: “Llamo mi obra *Comedia*, porque está escrita en un estilo humilde, y porque he empleado en ella el lenguaje vulgar, en que se comunican sus ideas hasta las mujeres de la ínfima clase.” — Y para explicar el concepto, conviene saber que en *De Vulgari Eloquio*, distingue — al modo clásico — tres estilos: tragedia, comedia y elegía.

Una vez que el ánimo del Alighieri, apartándose de las pasiones, quiere elevarse a la contemplación del orden celestial siguiendo un método platónico, toma por mentor al Genio de la Poesía, a Virgilio, a quien en lírico arrebató considera “manantial que se extiende como un ancho río”, “mar de inteligencia” y “lumbre del paganismo a cuya perspicacia nada puede escapar”. — La presencia de la figura venerable le llena de alegría y de rubor; la veneración filial y el entusiasmo obligan a exclamar al Dante: “¡Oh luz y honor de los demás poetas! ¡Qué el estudio y el afecto que me han hecho ir en busca de tu obra me sirvan de recomendación cerca de ti! — Tú eres mi maestro y mi autor querido; de ti he aprendido el hermoso estilo que me ha procurado tanta gloria”. — Virgilio atraviesa no sólo los círculos del Infierno, sino también los del Purgatorio, y sólo desaparece cuando se muestra Beatriz, símbolo de la Teología. — Y en los versos se nos presenta a Estacio convertido a la verdad, cabalmente por la luz que le comunicaron los vaticinios de las *Églogas*: “Tu fuiste el primero que me guió al Parnaso para beber en sus grutas, y el primero que me iluminaste en el amor de Dios. — Tú hiciste como el que va de noche llevando tras él una luz que no le sirve, pero que asegura en su camino a las personas que le siguen detrás, sobre todo cuando dijiste: El siglo se regenera, la justicia renace con los primitivos tiempos de la especie humana y una nueva raza desciende del Cielo. — Por ti fui poeta; por ti fui cristiano.”

Y en el espíritu del Dante, el Cristianismo y los ideales de los clásicos, se aunan, se compenetrán, buscando una resultante superior. — En su retablo gigantesco alternan los nombres de la Edad Antigua con los contemporáneos. — Como

creyente no puede menos de poner en el Tártaro a los sabios y a los poetas que no conocieron la ley del Mesías: como filósofo presentanos a Homero, Aristóteles, Horacio, Ovidio, Lucano, Electra, Héctor, Eneas, César, Camilo, Pentesilea, al rey Latino, a su hija Lavinia, a Bruto, a Lucrecio, a Marcio, a Cornelio, a Sócrates, a Platón, a Demócrito, a Anaxágoras, a Tales, a Empedocles, a Heráclito, a Zenón, a Dioscórides, a Orfeo, a Tulio, a Lino, a Séneca, a Euclides, a Ptolomeo, a Hipócrates, a Galeno, etc., y aun a Saladino y a Averroes “que hizo el gran Comentario”, en el primer círculo, sin sufrimientos ni dolores. — “El aspecto de todos ellos — escribe Pompeyo Génér — es grave. — Paséanse por unas verdes praderas cercadas de colinas, y albérganse en un noble castillo defendido por siete murallas, a los pies del cual murmura arrullador un riachuelo. El aire de aquella atmósfera es luminoso. Ni alegres ni tristes, su andar es tranquilo, su hablar mesurado y apacible. — En este círculo no hay fuego ni tormentos: tampoco lo perturban los diablos. Sólo reina en él la calma más completa. Diríase que es más apropiado que el cielo para los espíritus serios y meditativos.”

Si el Dante no penetra en la *Cittá dolente* sino precedido del *cisne de Mantua*, le es necesaria tal compañía para bajar a aquellos abismos, que tienen más del Orco o de los dominios de Plutón que de un imperio donde ejerce sus iras el Lucifer de las Escrituras. — El Alighieri, en efecto, encuentra allá abajo, el río Aqueronte con la barca que lo cruza y las negras aguas de la laguna Estigia; al Erebo, a las Furias, a los Centauros, a Caronte, al Cerbero — el tricépito can —, a Caco y a Minos. — Incluso los Titanes espían su rebelión contra Júpiter metidos en unos pozos. — Hay alusiones, transcripciones, citas, de la Iliada, de la Farsalia, de las Odas de Horacio, de la *Ética* de Aristóteles, de las *Sátiras* de Juvenal, de las *Metamorfosis* de Ovidio, etc., como las hay de las obras de Estacio, del Apocalipsis, de los Profetas, de los Santos Padres y de los Evangelios. — Pero la imitación a la Eneida destaca hasta tal punto que toda la Trilogía medioeval puede considerarse, según algún crítico, como una amplificación del libro VI (ver-

sos 260 al 900) de la epopeya latina. — En una parte, es Eneas que, con la Sibila de Cumas, peregrina entre las sombras para encontrar a su padre Anquises; en el otro lado, el Dante camina en busca de Beatriz. — Las coincidencias en los detalles son numerosísimas, llegándose en algunos sitios hasta la mera traducción de palabras: “Cerberero, animal cruel y monstruoso, ladra con sus tres bocas contra los condenados allí sumergidos” se lee en el canto VI del *Infierno*, mientras dice la Eneida:

*“Cerberus hæc ingens latratu regna trifauci  
Personat, adverso recubans immanis in antro.”*

El clasicismo no es sólo mera literatura en el Dante: no sólo se apodera de la forma de cada uno de sus modelos, sino que llega hasta el fondo de las doctrinas. — Por eso adora en el Imperio: y en el canto VI del *Paraiso* pondera con arrebatado triunfo todas las glorias del águila “a la sombra de cuyas sagradas alas se gobernó el mundo”. — El ave simbólica “que fijó su morada en Alba por espacio de tres centurias” sojuzgó en torno suyo a las naciones vecinas, humilló las huestes de Aníbal y de Pirro, y voló — con César — desde el Var al Rin, por el Isere, por el Sena y por el Saona; y cuando hubo prendido en sus garras la España y el país del Nilo se cerró al fin el templo de Jano. — El águila no murió cuando las invasiones: pasó a Constantinopla, vino a posarse sobre la frente de Carlos el poderoso y conduce los pasos de los soberanos de Alemania, llamados a ser nuevos Césares, a pesar de los obstáculos de los Pontífices y de los Güelfos. — La Roma del siglo XII y del siglo XIII es una hija degenerada, cuyos habitantes reniegan de su gran pasado por su modo de hablar y de vestir, por su carácter y costumbres; pero la otra Roma, la de las glorias pretéritas es inmortal y concita una admiración sin límites. — Únicamente por esto pudo decir el autor de *Il Convito* que “las piedras de los muros de la ciudad merecen la veneración de todos, y el suelo sobre que se levantan es

más digno de respeto que todo cuanto ensalcen y veneren los hombres". (*Convito*, libro IV, 5).

Semejante amor hacia el clasicismo, que no sintieron ni Mussato ni Brunetto Latini ni nadie antes que el Dante, propagóse a partir de éste, yendo en aumento de día en día hasta convertirse en una acusación contra los sentimientos medioevales y cristianos, en los que se vió rudeza bárbara. Muy pronto los cultos, con alardes de erudición, llamarán a los Cardenales *padres conscriptos*, a Cristo *hijo de Júpiter* y a las monjas *sacerdotisas de Vesta*. — El Alighieri, que supo quedarse en un justo medio, fué el *fundador del movimiento renaciente* y llevaba en sí la triaca contra los males que de éste derivaron. — Inspiró, v. gr., a Marsilio Ficino, pero también dió ánimos a Savonarola.

\* \* \*

Otra modalidad característica del Renacimiento es la del *Humanismo*, entendiendo por Humanismo la conquista del hombre por el hombre, el retorno hacia el estudio de la psicología y hacia el análisis del mundo interior, independientemente de todo ideal religioso.

A la cabeza de los humanistas puede y debe figurar el Dante.

"Hasta fines del siglo XIII el carácter más saliente de la historia literaria — consigna Petit de Juleville — es la impersonalidad de las obras. — La diferencia entre una y otra canción de gesta no parece depende del autor: conocido o anónimo, jamás se descubre en el poema. Y aun tampoco se distinguen mutuamente la mayoría de los trovadores líricos. — Todavía el estilo no signa la individualidad."

Este fenómeno depende de la falta de preparación de los escritores y de los temas que para desarrollarlos eligen. — En los relatos épicos los héroes significan mucho menos que las hazañas que ejecutan: más aun, las mismas hazañas atribú-

yense a distintos héroes y pasan de *chanson* en *chanson* y desde la musa popular a la erudita. — Langlois supo demostrar cumplidamente que todo lo fundamental del ciclo carolingio — prolongado hasta el *Orlando furioso* — es de antecedente merovingio, y que Roldán, la batalla de Roncesvalles y Ganelon han salido de Hariberto, de un choque que relata Fredgarario como ocurrido con los vascones, en donde iba un referendario con once duques, y de los maguntinos, que en 642 fueron causa, como traidores, de la derrota de Sigeberto a orillas del Unstrut.

En todas las manifestaciones de la literatura provenzal encontramos el mismo espíritu caballeresco y poético, el mismo talento amable e ingenioso, la misma sensibilidad ardiente y apasionada, siempre también en torno de algo general e impreciso que se repite a la continua y que da un resultado monótono y artificial.

De algo artificial puede tildarse también — indiscutiblemente — la *Vita Nuova*: pero aun así y todo resultó de una originalidad y de una trascendencia inmensísimas. — Y con razón se ha dicho que es “el primero de los libros al estilo moderno en que un autor analiza el sentimiento y revela sus recónditas tribulaciones”. — Se trata de un opúsculo en prosa y verso con una glosa explicativa, verdadero estudio autobiográfico, donde el análisis psicológico sincero brilla entre impertinentes alardes de una mal digerida erudición y entre interesantísimas ficciones. — Arranca desde la infancia misma del poeta: “en aquella parte del libro de mi memoria, antes de la cual poco podría referir, encuéntrase un epígrafe que dice: *Incipit Vita Nova*: “aquí comienza la Vida Nueva”, bajo el cual están escritas no pocas cosas con palabras que, si no textualmente, al menos en substancia, apuntaré en este librito”. — Después nos cuenta cómo cuando tenía nueve años se presentó a su vista “la gloriosa dama de sus pensamientos”, Beatriz, niña aun de más corta edad, de aspecto nobilísimo y envuelta en paño rojo — *drappo sanguigno* — despertando en el Dante una profunda impresión de amores: “sentí que el espíritu vital que en lo recóndito del corazón tiene su morada,

comenzó a latir con gran fuerza en mi pecho y recibió honda sacudida todo mi organismo cual si yo interiormente me dijera *Ecce Deus fortior me qui veniens dominabitur mihi*". Esta pasión, según aparece admirablemente descrita, plena de pureza y virginidad, es más bien algo imaginativo. — Beatriz, un sueño, una visión, un fantasma, un suspiro, un ideal celeste, posee tan escasa personalidad que más existe en la mente del vate florentino que en la realidad misma. — Lo que se refleja fielmente es el alma del poeta, donde se debaten el ideal del trovador, el del filósofo y el del cristiano, pero siempre herida por el influjo de la amada Bice. — Una mirada, una palabra, un saludo admitido o no contestado, entrevistas mudas en un templo o en lugares indefinidos, enlázanse con visiones místicas, y el poeta desborda en alegorías trazadas conforme al simbolismo platónico. — La carne calla para dejar paso a la adoración de quien "tanto gentile e tanto onesta pare". — Incluso la imaginación no percibe el cuerpo, sino lo inmaterial; no la imagen, sino las impresiones:

"E par che dalla sua labbia mi muova  
Uno spirto soave, sien d'amore,  
Che va dicendo all'anima: — sospira".

Y el ángel bajando de lo azul, que no llega a ser mujer y que al cielo regresa en blanca nube, entre grupos de otros ángeles, entonando el *hosanna*, persiste, sin embargo, en este mundo, "como luz de la verdad, de la que el amador se hace apóstol y que es toda la novela religiosa y filosófica de aquella época; es la vida que tiene su verdad en el otro mundo, y que aquí sólo es Beatriz, fenómeno, ilusión, velo de la verdad inmutable". (De Sanctis.)

*La Vita Nuova*, que en este sentido no tiene antecedentes directos, es el principio de una nueva edad y el prólogo de *La Divina Comedia*. — En la Trilogía, sigue la autobiografía. — Beatriz es la Ciencia Suma, el ideal del ideal por el que el poeta se consume aún con más grandes ardores, pero explicando claramente que su *Bice* comenzó a vivir después de



muerta, que allá y aquí es poesía, y que en lugar de desaparecer con el fallecimiento sólo cambia, pero sin abandonar a su amador, ayudándole en todos los momentos de debilidad, y muy especialmente cuando el cáliz resultaba amargo con exceso: "Algún tiempo le sostuve con mis miradas, mostrándole mis ojos de niña; lo llevé conmigo vuelto hacia la vía recta; pero tan pronto como llegué a mi segunda edad, y troqué de vida, él se separó de mí y se entregó a otras. Cuando subí de carne a espíritu y aumenté en hermosura y en virtud, le fui menos querida y menos grata... Por esto recorrí la mansión de los muertos y dirigí mi súplica y mi llanto al que le ha conducido aquí arriba." — Dante lucha con las pasiones y se aparta de la buena senda; Beatriz le envía a Virgilio, quien, por medio del estudio de lo grande y de lo bello, le guiará gradualmente a través del Infierno y del Purgatorio, a la contemplación de las cosas celestes; y con la Teología, alcanzará el Paraíso. — El alma pura penetra hasta la luz divina y entrevé, en la persona del Verbo, a la Humanidad unida con el Supremo Hacedor. — La autobiografía, concluye. — El Dante es un nuevo San Francisco, y le devora el fuego sagrado.

Pero el Dante es también algo más, y la *Trilogía* nos descubre hasta los ocultos repliegues de su alma. Proscrito, amargado por la bilis, pone en la picota a sus enemigos; escolástico y razonador, va de argumento en argumento, aun cuando pretende subir tan sólo por la escala de la fe; carne frágil, nos habla de sus deslices con la Gentucca; como Güelfo, se desata contra Bonifacio VIII; anatematiza a Florencia, queriéndola como el más entusiasta de sus hijos.

Y este análisis del espíritu propio se completa con admirables síntesis, concisas, acabadas, de la psicología de los demás. Los hombres de los grandes vicios y los de las grandes virtudes explican sus interiores resortes. A veces nos da miedo encontrarnos con nuestras propias conciencias al desnudo. Y con arte admirable aparece un retrato en cuatro líneas, pero al que no se puede agregar ni una sola pincelada. — De Sanctis cree, con razón, que el episodio de Francisca de Rímini es una página maravillosa e inmortal del análisis interno, de lo que

hemos llamado descubrimiento y conquista del hombre por el hombre: “si queremos hallar algo que se pueda comparar a Francisca de Rimini, debemos buscarlo en Shakespeare, en Byron, en Goethe, en otras literaturas que no sean la italiana: primero e inmortal tipo, Francesca.”

Petrarca, en carta fecha 26 de abril de 1335, dirigida a Dionisio de Borgo San Sepolcro, explica la esencia del Humanismo.—Asombrado ante lo inmenso del panorama que se divisa desde lo alto del monte Ventoux, acordóse, no obstante, del pasaje de San Agustín, en que dice: “corren las gentes a admirar las cúspides de las elevadas cordilleras, las olas enormes del mar, los anchurosos lechos de los ríos, los océanos dilatados y las órbitas de las estrellas, y se olvidan de estudiarse a sí propios.”—Y comenta Petrarca: “al leer esto me espanté; cerré el libro y me dirigí amargas reconvenciones, por haberme dejado encantar de las cosas terrenas, cuando podía haber aprendido, hacía mucho tiempo, hasta de los filósofos gentiles, que lo único grande, lo único realmente admirable, es el espíritu, el alma.— Con este pensamiento bajé taciturno de aquellos picachos, aparté mi mirada de las cosas exteriores y la dirigí a mi interior.”

En esta mirada a lo de dentro, en este *redde in te*, Petrarca pudo tomar como modelo al Dante, que le precedió y que escudriñó como pocos.

\* \* \*

Por su entusiasmo hacia los clásicos y por su Humanismo, Dante es el faro e iniciador del Renacimiento.— Con él figuran Petrarca y Bocaccio, y luego viene aquella falange de investigadores infatigables y cultos, en la que brillan cual astros de primera magnitud, Manuel Crisolaras, Leonardo Bruni, Juan Argyropoulos, Teodoro de Gaza, Demetrio Calcondylas, los Lascaris, Gemisto Plethon, Vittorino Rambal-

doni de Feltre, Guarino de Verona, Eneas Silvio Piccolomini, Poliziano, Bembo, el cardenal Bessarion, Marsilio Ficino, Lorenzo Valla, Erasmo..... — La cadena corre de centuria en centuria, sin romperse; el movimiento renovador se inicia, no en el siglo xv, sino cuando el vate florentino acertó a componer las páginas de su incomparable Trilogía.



V

«La Divina Comedia» y el Arte

---

Si el Dante, con su *Divina Comedia*, aparece en lo que toca al pensamiento humano, como un gran renovador, no lo fué menos en la esfera del Arte. — De la Trilogía nació el *estilo dantesco* cuyo influjo, más que en la epopeya, se dejó sentir— con el Giotto, con Signorelli y con Miguel Angel Buonarotti— en la Pintura y en la Escultura.

En el siglo xiv y en el xv, imitóse, del poema del Alighieri, por otros vates, lo que menos valía: la *forma alegórica*, puramente externa.

La *alegoría*, que tomó gran desarrollo en la decadencia de la época clásica, perdura durante todo el Medio Evo. — Ya hemos dicho cómo Marciano Capella (hacia el 1420) fingió las bodas de Mercurio con la Filología, para desarrollar su tratado sobre las *Septem Artes Liberales*. — En *El Tesorito*, de Brunetto Latini, imagínase un viaje por selvas oscuras, donde encuentra el autor a la Naturaleza, a la Virtud y al Amor. — Petrarca mismo, aconseja a los poetas, que empleen siempre el ropaje alegórico. — “Lo real ha de cubrirse artísticamente con colores agradables, a saber: con una ficción graciosa, que baste quitarla para hacer resplandecer la verdad, ficción que produce tanto mayor efecto cuanto más trabajo ha costado inventarla.” — El Marqués de Santillana va con Petrarca cuando define a la Poesía como el “fingimiento de cosas útiles cu-

biertas e veladas con muy hermosa cobertura”. — La mezcla y confusión del símbolo con el hecho llegó a extremos increíbles; en el libro *De preparatione ad contemplationem*, debido a la pluma de Ricardo de San Víctor, la familia de Jacob, viene a representar a las facultades humanas: Raquel y Lia, el entendimiento y la voluntad; Josef y Benjamín, hijos de la primera, a la Ciencia y a la contemplación, operaciones principales del intelecto; y Raquel muere al dar a luz a Benjamín como la inteligencia humana desaparece en los contemplativos éxtasis.

El Dante, que hace de *La Divina Comedia* la alegoría del “misterio” de las almas, emplea el procedimiento en el conjunto y en los detalles, con tal repetición e insistencia, que cansa y aburre, necesitándose de una gran erudición, de un pensamiento penetrante, para comprender algo, sin la ayuda del comentarista. A veces ni aun los comentaristas han acertado con la explicación satisfactoria. — Por eso ya el Boccaccio acusó al Alighieri de ser incomprensible, diciendo de él en un soneto:

“Dante Alighieri soy, Minerva oscura  
de inteligencia y Arte.....”

El bosque sombrío en que se encuentra desde el primer momento el lector es una representación de las pasiones; el paso “del que nunca hombre alguno salió vivo”, es el pecado mortal; “el camino que va por la desierta playa”, el que conduce a la virtud; y en seguida se presentan una pantera, un león y una loba..... Los enigmas multiplicanse de canto en canto y aun se notan, además, palabras de doble sentido, o colocadas con un especial modo, alusiones cabalísticas y hasta el cuidado de que el poema se componga de tres partes, cada una de treinta y tres cantos, en total noventa y nueve, que, con el de Introducción, hacen ciento.

Si hoy consideramos como defectuoso todo este edificio de alegorías, la verdad es que en su época contribuyó eficazmente al triunfo de la obra, que tomada como ejemplo, in-

fluye poderosamente en la Literatura de las naciones de Occidente. — Veamos, v. gr., lo que pasó en nuestra Península.

A ella trajo, el primero, el espíritu y maneras alegóricas del autor de *Vita Nuova*, el genovés Micer Francisco Imperiale “morador y estante” en la ciudad hispalense y de quien dice el Marqués de Santillana en su *Prohemio al Condestable de Portugal*, que se le puede llamar, mejor que decididor o trovador, poeta, “como sea cierto que si alguno en estas partes del Ocaso mereció premio de aquesta triunfal e laurea guirlanda loando a todos los otros, éste fue”. — Tal primer imitador entre nosotros del Dante, manejó el endecasílabo, y seguía tan servilmente a *La Divina Comedia*, que el *Desyr de las Siete Virtudes* es casi una mera traducción a retazos del *Paraiso* y del *Purgatorio*. — Tras Micer Francisco Imperiale vienen — sino en lo de usar el endecasílabo en lo de hacerse adeptos de las alegorías a la italiana, muchísimos vates de la Escuela de Sevilla, destacando Rui Paez de Ribera, autor de un *Proceso que ovieron en uno la Dolencia e la Vejez e el Destierro e la Pobreza* y de otro “proceso” entre *la Soberbia e la Mesura*. — Ferrand Manuel de Lando, doncel de Juan I y hombre de representación en la Corte durante la menor edad de Juan II, “escribió muchas buenas cosas de poesía — dice el Marqués de Santillana — e invitó más que a ninguno a Micer Francisco Imperial”, debiéndose a tal circunstancia el que le correspondiera introducir en Castilla las novedades aportadas por éste.

Por otra parte la propia *Divina Comedia*, el prototipo de la nueva poesía alegórica, fué traducida a nuestro idioma, con extraordinaria aceptación, en 1427, por Don Enrique de Villena, “a preces de Iñigo López de Mendoza”, coincidiendo casi con el traslado hecho al catalán por Andreu Fabreu. — La traducción de la Trilogía corrió tanto, que, según sabemos, el rey de Navarra Juan II “fasiéndose leer la Comedia de Dante, reparó en que alababa a Virgilio, confesando que de la Eneyda avia tomado la doctrina para ella, e fiso buscar la dicha Eneyda, si la fallaría en romance, porque él non era bien instruído en la lengua latina..... e fué movido..... a enviar desir por su

carta afincadamente a don Enrique, que trasladase la Eneyda”, traslado que el de Villena hizo desde el propio 1427 a octubre de 1428. — Aun antes de la versión de la Trilogía, que Don Enrique dirigió a Santillana, ya había aquél redactado y publicado una novela alegórico-mitológica con atisbos dantescos y petrarquescos intitulada el *Libro de los trabajos de Hércules*. — “Será este tracado de doze capitulos partido, e puesto en cada uno dellos un trabajo de los del dicho Ercoles, por la manera que los ystoriales e poetas los han puesto; e después la *exposición alegórica* e luego la *verdat* de aquella ystoria, según realmente contesció, e dende seguirse la *aplicación moral* a los estados del mundo, e por enxemplo al uno de aquellos trabajos.”

El Marqués de Santillana — a quien se dedicó, según acabamos de decir, la primera traducción de *La Divina Comedia*, es otro de los que se dejaron arrebatarse por este modelo. — En la *Carta* al Condestable de Portugal hace citas del Dante, tomando de él los juicios referentes a Homero y Virgilio, y después nos enseña que el inspirado vate de Florencia, “escribió en terciorimo elegantemente sus tres comedias Infierno, Paraíso y Purgatorio.” — Tampoco ignoraba el título de toda la Trilogía ni las razones que el Alighieri tuvo para ponérsele, y que son las que hemos transcrito más atrás: dichas razones las copia servilmente el de Santillana, en la Introducción a la *Comedieta de Ponza* (1444), poema dialogado en que se lamenta del desastre con que castigó la armada genovesa a la de los aragoneses en 1435. — “E intituléla deste nombre por quanto los poetas fallaron tres maneras de nombre a aquellas cosas de que fablaron, es a saber: tragedia, satyra, comedia. — Tragedia es aquella que contiene en sí caídas de grandes reyes e príncipes, asy como de Hércules, Priamo e Agamenón e otros atales, cuyos nascimientos e vidas alegremente se comenzaron e grand tiempo se continuaron e después tristemente cayeron. E del hablar destos usó Séneca, en las sus *Tragedias*, o Johan Boccaccio en el libro *De casibus virorum illustrium*. Satyra es aquella manera de hablar que tovo un poeta que se llamó Satyro, el qual reprendió muy mucho los vicios e loó las virtudes; e desta manera despues del usó Oracio e aun por esto dixo Dante: “L’altro é Oracio sátiro,

che vene...” Comedia es dicha aquella cuyos comienzos son trabajosos e después el medio e fin de sus días alegre, gozoso e bienaventurado; e desta usó Terencio Peno e Dante en el su libro, donde primero dice haber visto los dolores e penas infernales e después el Purgatorio e después alegre e bienaventuradamente el Paraiso”. — La *Comedieta de Ponza* principia con las amarguras de un desastre naval y concluye en la profecía de la Fortuna consolando a las reinas con el brillante porvenir de sus maridos, Alfonso V de Aragón, Don Juan de Navarra y el Infante Don Enrique, que habían caído prisioneros.

La imitación a la *Trilogía* es aún mayor en Juna de Mena, insigne cordobés, en el que culmina la Escuela alegórica, nacida y mantenida con tanto vigor en la península. — En el *Laberinto* el poeta, arrebatado por el carro de Belona encuéntrase entre una multitud de sombras fantásticas que pueblan espaciosa llanura; luego lo conduce la Providencia a un palacio y allí contempla la rueda del tiempo que ya pasó, la inquieta de lo presente y la inmóvil del futuro impenetrable. — Admira después los planetas que rigen los destinos de la especie humana, pinta los héroes antiguos y modernos y truena contra las depravadas cosumbres de la época, sin perdonar ni al clero ni a la nobleza. En *La Coronación* — otro poema del mismo corte — finge el vate, como su maestro, perderse en selva oscura, yendo a parar a la morada de los réprobos, para enterarse de “los tormentos de los damnados”; luego recorre la mansión de los elegidos y termina en el Parnaso, donde presencia la coronación de su amigo el Marqués de Santillana. Las obras de Mena, dantescas sólo en la forma, son incomprensibles sin el correspondiente comentario “literal, alegórico y anagógico”: con esto queda hecha su crítica. Los eruditos de su siglo las alabaron y celebraron. — Pero el clasicismo, el sentido común y la poesía popular — de consumo — dieron al traste con aquellas falsificaciones de la *Trilogía*, en las que hasta los hombres más preclaros claudicaban, embelesándose con lo que venía a trocar muchas bellezas en indigesto fárrago. ¡Tan poderoso fué el influjo de *La Divina Comedia* hasta en lo que tiene de menos aceptable!



\* \* \*

Este influjo se hizo sentir igualmente en otro sentido, dentro del campo de las manifestaciones estéticas. — Para el vulgo, para el espíritu cristiano, es la gran obra del Dante la explicación del enigma de la vida, la lucha del bien y del mal, la contraposición de la virtud y del vicio, que acaba en el trágico momento de la muerte. — La Descarnada es, a la vez, niveladora y vengadora: arrastra consigo al humilde y al poderoso. Más allá de la tumba hay castigo, hay regeneración en el Purgatorio, y hay Gloria para los bienaventurados. — Pero el Dante coloca en el Infierno a un Papa y a un Emperador, y en la masa creyente hicieron impresión profundísima, los cantos del viajero que corrió, de círculo en círculo, el panorama inmenso del mundo de ultratumba. — Para muchos el Dante no era un literato más; fué el hombre que había descendido a las concavidades subterráneas del sufrimiento infinito. — Y en lo alto de la puerta de aquel reino de donde nadie vuelve, adivinábanse, en negros colores, aquellas palabras terribles:

“Per me si ua nella cittá dolente,  
per me si ua nell’etherno dolore,  
per me si ua tra la perduta gente.  
Iustitia mosse el mio alto factore;  
fecemi la diuina potestate  
la somma sapientia, el primo amore.  
Dinanzi a me non fur chose create  
se non etherne, et io etherno duro:  
lasciate ogni speranza uoi chentrare.”

(*Infierno*, III: con la ortografía de la edición publicada en 1483, en Florencia.)

En lo callado de la noche veía el lector las fantasías extrañas, según las grabó Bacio Baldini, o los sombríos círculos donde los condenados se amontonan, se golpean o son perseguidos brutalmente por repugnantes monstruos de color de fuego, conforme se contempla en los dibujos de Alejandro Botticelli. — En cada mente la imaginación combinaba extrañas formas a la manera que después lo ha hecho Gustavo Doré. — Y aparecíanse los espectros tangibles de allá abajo, incluso Satanás, con sus seis alas y de cuyos ojos destilan lágrimas y sangrientas legañas que gotean asquerosamente sobre las garras terribles, mientras crugiendo los dientes de tres bocas tritura, como en una agramadera, a otras tantas víctimas. — Y levantándose de los féretros, las almas de pobres y ricos, de papas y soberanos, de mercaderes y nobles, son empujadas a la nao entre castañeteo de dientes y maldiciones y blasfemias, y un velludo anciano da con el remo a las más perezosas.

No creemos que las composiciones plásticas sobre la *danza de la muerte* hayan tenido origen en *La Divina Comedia*. — Según M. Champfleury, desde mucho antes labráronse en Bretaña y Suiza unos osarios que llevan esculpidos en las lápidas que les cubren, a la Desnarigada en pie, golpeando frenéticamente unos timbales, a cuyo redoble responde una banda de esqueletos con el agudo y penetrante son de largas trompetas. — Sin embargo, otros arqueólogos consideran como las más antiguas manifestaciones de este macabro tripudio la danza pintada en Muiden (Westfalia-1383), la de Chaise-Dieu en Auvergne o la del convento de Kligenthal, que es de 1312. — Indiscutiblemente después de *La Divina Comedia* estas representaciones del Arte, se multiplican, se popularizan, invaden todas las Naciones y todos los pueblos. — A veces son cuadros prodigiosos, como los frescos del Campo Santo de Pisa: en un lado la Implacable ceba su guadaña, mientras los cortesanos se recrean con agradable concierto en delicioso pensil; los mendigos, los lisiados, la invocan inútilmente; en medio de brillante cacería, los príncipes detienen a sus caballos al borde de fosas de las que se escapan los reptiles entre el nauseabundo olor de la carne descompuesta; aquí los demonios llevan en volandas a los

réprobos y los precipitan al fuego que llamea en las hendiduras de los montes; allí los ángeles, defendidos por la cruz conducen a los buenos hacia la Gloria. En otro fresco atribuido hoy a cierto discípulo de los Lorenzetti, óyense los estrépitos del juicio final, las tumbas se vacían y los alados mensajeros separan a los dos bandos, el de la izquierda y el de la derecha, mientras arriba, entre radiantes nimbos, están el Supremo Hacedor y María, rodeados de los Apóstoles. — La muerte que nos golpea de súbito, esa obsesión que del Dante pasó al Campo Santo de Pisa, da lugar a infinitas representaciones que llenaron la Europa culta, en grabados, en cuadros al óleo, o en relieves: en Inglaterra es Tory; en Alemania, Holbein; en Francia, Nicasio de Cambray; en Suiza, Nicolás Manuel y Juan de Vries. — Al dibujo acompaña luego la leyenda; a veces un simple pareado al gusto popular. Pronto viene la acción dramática: los protagonistas no se contentaron con ostentar sus siluetas con los versos al pie. — La idea encarnó pronto en una obra francesa que todavía no se conoce: de este original proceden, la *Danse macabre* de los Santos Inocentes de París, la *Totentanz* de Lübeck y la *Danza de la muerte* escrita en español en la primera mitad del siglo xv. — En esta última la Descarnada, tras un breve prólogo, llama a los humanos a sus espectrales festejos, obligándolos a intervenir en el baile. — Las 33 víctimas — el Pontífice, el Emperador, el Cardenal, el Rey, etc. —, alternando siempre los individuos del estado eclesiástico con los del seglar, responden en octavas.

“A la danza mortal venit los nascidos  
que en el mundo sois de cualquier estado:  
el que non quisiere, a fuerza de amidos  
facerle e venir muy toste parado.

Pues que ya el frayre vos ha predicado  
que todos hayades a facer penitencia,  
el que non quisiere poner diligencia  
non puede ya ser más esperado.”

Los diálogos que siguen son, en el fondo, paráfrasis de los que el Dante sostuvo, en los dominios de ultratumba, con sus interlocutores. A cada profesión se la fustigan sus principales vicios, y toda demanda de perdón es inútil.

Y es casi seguro que de la *Danza de la muerte* escrita en Alemania, proceda la *Barca de los locos*, donde Sebastián Brandt, doctor de Strasburgo y profesor de Derecho en Basilea, zahiere a los orgullosos, a los avarientos, a los glotones, a los libertinos, y los zambulle en su nave.

\* \* \*

El mérito, en el orden artístico, de *La Divina Comedia*, no estriba en el estilo alegórico, ni en la pretensión de ser el prototipo de la *epopeya cristiana*. — Hegel ha hecho notar que no puede llamarse epopeya “un poema tan rigurosamente, más, casi sistemáticamente regulado, pues le falta una acción continuada e individualmente concluida.” — Y Francisco de Sanctis halla el valor de la Trilogía, precisamente en que no resultó sino lo contrario de lo que el Alighieri se propuso: “es la Edad Media realizada como Arte, a pesar del autor y de sus contemporáneos.”

La *Divina Comedia* no tiene carácter épico: a nuestro juicio constituye el más hermoso, el más movido de los dramas. Cada individuo — bueno o malo — dialoga con el Dante, aparece frente al poeta florentino, que se constituye en inapelable juez.—El Alighieri asume el doble papel de ser la Conciencia y la Divinidad. La *litis* se sostiene más allá de la tumba; la sentencia toma el terrible carácter de eterna y definitiva. Y así desfilan en el *Infierno*, 136 personajes; en el *Purgatorio*, 80; en el *Paraiso*, 75. — Y esos personajes adquieren una tremenda fuerza plástica: algunos, que no interesan, pasan como sombras; otros no son sombras, son o los amigos cariñosos o los implacables enemigos del gibelino desterrado.

Todo esto interesa, arrastra, conmueve y seduce. Hay realidad y hay pasión; y porque hay pasión, hay Poesía, hay Arte; la preocupación cabalística, los símbolos, el dogma estorban y se desvanecen. — Con mano hábil somos trasladados, no a los otros misteriosos reinos de ultratumba, sino al ambiente de aquellos siglos, y el Dante nos instruye sobre los problemas candentes de su época y sobre el modo que venían evolucionando. — El águila de los Césares debía cobijar con sus alas la tierra, y siguió siendo la misma cuando desde Roma tendió su vuelo hacia Constantinopla, y cuando luego fué a posar en los países por donde corren el Rhin y el Danubio. (*Paraíso*, VI.) — Frente a la idea del Imperio actúan los particularismos locales, a cuyo frente figura el partido del Papa; y entáblase entre Gibelinos y Güelfos una guerra terrible. — “Roma, que mejoró al mundo, tenía antes dos soles que iluminaban una y otra vía, la de la Tierra y la de Dios. El uno de los dos soles eclipsó enteramente al otro: la espada fué unida al báculo pastoral; pero uno y otro, unidos por la fuerza, no podían conservar entre sí la armonía, porque unidos, debían dejar de temerse. Si no das crédito a mis palabras, fija tu pensamiento en la espiga, ya que toda yerba se conoce por su semilla. — En el país que el Adigio y el Pó fecundan, solo había valor y cortesía antes de que Federico tuviese sus querellas; mientras que ahora, podría recorrerle sin cuidado el que por vergüenza evitara hablar y acercarse a los hombres” (*Purg.* XVI). La presentación que se hace de Florencia en la *Trilogía* es completísima y acabada. El pueblo florentino tuvo su cuna en Fiésole y conservaba de ésta “la aspereza de sus montes y de su peñasco.” (*Inf.* XV). — La ciudad prosperó con la laboriosidad, con la economía y con la honradez: “vivía en paz, sobria y púdica, en el antiguo recinto, desde el que se oyen sonar las horas tercia y nona: no tenía corona ni cadenas, ni apuestas mujeres, ni cinturones más hermosos que las personas que los llevaban; y la hija al nacer no daba miedo a su padre, porque la hora de casarla y su dote no habían hecho rebosar aún toda la medida”. “Entonces no había casas sin niños ni Sardanápalo había aparecido todavía en ella para demostrar lo que puede hacerse en un

aposeno”. — Los del Nerli y los del Vecchio contentábanse con una simple piel. — Las madres velaban al lado de la cuna entonando dulces canciones, para adormecer al pequeñuelo, mientras otras de aquellas “se apartaban del espejo con el rostro sin afeites”, o, “tirando de la blanca cabellera de la rueca” entreteníanse en recordar las leyendas relativas “a los troyanos, a Fiésolo y a Roma” (*Par.* XV). — Cuando se admitió a los derechos de la ciudadanía a los toscanos de los alrededores y a otras familias, aumenta el número de moradores, pero comienza la decadencia y ruina de las estirpes. — “Todos los que entonces había en estado de llevar las armas, desde la estatua de Marte hasta el Baptisterio, formaban la quinta parte de los que al presente hay en vida; pero la población, que es ahora una mezcla de gentes de Campí, Certaldo y Figghine, era entonces pura hasta el último artesano.” — “¡Ah! ¡Cuánto más valdría tener por vecinos a los que yo nombro, y que estuviese vuestra frontera en Galluzzo y Trespiano, que tener a tales gentes dentro de vuestros muros y sufrir el hedor del artesano de Aguglione y del Signa, que abre ya el ojo para traficar!” — “Si la nación que más degenera en el mundo no hubiese sido una madrastra para César, y casi una madre tierna para su hijo (tal hábil florentino y cambista y mercader, que se habría vuelto a Simifonti, donde su padre estaba pordio-seando), los Conti estarían aún en Montemurlo, los Cerchi estarían en Pievre de Ancona y tal vez los Buondelmonti en Valdigrive.” — “Siempre la confusión de personas fué el principio de las desgracias de una ciudad, como lo es del cuerpo la sobrada acumulación de alimentos.” (*Par.* XVI.) Y las consecuencias fueron funestísimas, abriéndose paso la envidia, la avaricia, la gula y el orgullo: los Ughi, los Catellini, los Filippi, los Greci, los Ormani, los Alberichi, los de la Senela, los del Arca, los Soldanieri..... degeneran; y de los días pasados sólo queda el dolor de que son ya insustituibles: “Con todas estas familias y otras muchas — dice Cacciaguida — he encontrado a Florencia en calma tan profunda, que no tenía para llorar ningún motivo: con aquellas familias contemplé al pueblo tan glorioso y justo, que nunca la flor de lis que

forma la punta de la lanza se ha visto amenazando ni enrojecida en las discordias civiles." (*Par.* XVI).

Dante pesó en una balanza de precisión el mal y el bien. — El proscrito, el perseguido, aquel que devoró en el destierro tantas amarguras, era un alma ardiente e implacable, pero supo ponerse por cima de inclinaciones y afectos para las sentencias que dicta en su obra inmortal. Cuando lo cree de razón acumula alabanzas sobre los contemporáneos (los Scaligeri, los Malaspinas, etc.); y saca a la picota, con sus vicios, hasta los hombres más insignes: así inmortaliza — tildándolos de infames — al padre de Guido Cavalcanti, al magnánimo Farinata, y a su propio maestro Brunetto Latini. — Es la Justicia de inflexibles fallos; pero es también el Dios del Sinaí entre la majestad de los truenos y cuyos furoros a todos alcanzan. No le detienen los prejuicios de un estrecho patriotismo: para el autor de la *Comedia*, los genoveses todos, son "una nación encenagada y disoluta"; los de Siena, excesivamente vanos; los de Luca, gavilla de concusionarios despreciables; los de Bolonia, avaros y entrometidos; los de Venecia, "ignorantes, de inteligencia roma, de vituperables costumbres"; los que moran en el país donde el Arno corre al nacer, resultan "más dignos de la bellota que de cualquier otro alimento"; Pisa, vergüenza del mundo, debe perecer en espantosa inundación; y Pistoia, consumida por las llamas. — Las acusaciones más formidables amontónanse valientemente sobre los próceres e incluso sobre los que ocupaban tronos: Renier de Corneto resulta un salteador; Alberto de la Scala, tan "malo en todo su cuerpo como en lo íntimo de su conciencia"; los Gallura "un receptáculo de todo género de fraudes"; Guido de Montefeltro, "un zorro" acostumbrado a "todos los recursos y a las vías ocultas"; el Rey de Bohemia, un cobarde; Alfonso, monarca de Castilla, un afeminado; Dionisio II de Portugal, un usurero, y Carlos de Valois, el segundo Judas. — Nuestro vate, que fué a la vez hombre público, portento de erudición, creyente fervoroso, soldado, rimador y enamorado, transporta — como Cervantes — lo real a lo ideal, acompañándole siempre su impetuoso temperamento: la "personalidad enérgica", la "elo-

cuencia ardorosa del poeta de carne y sangre”, dominan “al poeta abstracto”.—Por eso, y como dice la eximia Pardo Bazán, los réprobos que describe el Alighieri no son cosas vagas, sino gentes a quien conoció y trató: “son ciudadanos de Florencia, de Pisa, de Siena, de Rímimi; son los güelfos y los gibelinos; son los trovadores y los reyes; son los guerrilleros y los Papas....., todos con sus agitaciones, sus miserias y sus crímenes, con el amor que hizo latir sus corazones, con el odio que los ulceró, hombres siempre y, por lo mismo, interesantes y trágicos.”

Por eso del Dante se ha dicho que tiene algo del periodista moderno “que juzga los hechos, no como moralista, sino como hombre de partido y de acción”, aunque para nosotros junta una y otra cualidad; pero eso de la Trilogía se escapa a través de dogmas y símbolos, la vida; se ve aquella sociedad, se siente el estridor de la lucha, y entre sucesos—a veces de no gran relieve—, entre indiscreciones biográficas, dibújense los caracteres y las pasiones.

La silueta de cada interlocutor toma una fuerza y un relieve increíbles. — En la vieja *Crónica de los venecianos*, de Maese Martín de Canal, se lee: “de la manera que os acabo de contar fué preso el señor Ezzelino. Por causa suya y de su mala señoría perecieron casi todos los altos hombres de la Marca Trevesiana. Más de once mil, entre hombres y mujeres, fueron sentenciados y muertos, y muchos, mutilados.—Mostróse más cruel que Faraón y Herodes. ¿Qué más os diré? Ezzelino fué apresado y herido. — Exhortado por los Hermanos Predicadores y Menores a que se arrepintiera, dijo que sólo dolíale no haberse vengado de sus enemigos y no haber mandado bien a su gente, por la cual se había dejado vencer y apresar.” — Sabido es cómo luego sucumbió víctima del hambre y de la desesperación, sin haber querido tomar alimento, negándose también a curarse las heridas. — El Dante describenos a Ezzelino, con su negrísima cabellera, “tirano que vivió de rapiña y de crímenes”, lanzando grandes lamentos, en eterno lloro, sumergido en un río de sangre recubierto hasta las orillas de roja espuma.



Francesca y Paolo recuerdan “en la miseria, los tiempos felices”, y con sus frases se siente la palpitación de la boca de la adúltera, bajo la caricia del amado

“Questi, che mai da me non fia diviso,  
La boca mi bació tutto tremante.”

(*Inf.* V. 135-136).

Villani nos hablará de Ugolín, descendiente de los condes de la Gherardesca y gobernador en 1288, de Pisa: el arzobispo Ruggieri, apoyado por los Gualandi, los Sismondi y los Lanfranchi, le redujo a prisión, junto con dos hijos y dos nietos, encerrando a los cinco, en la torre de la plaza Degli Anciani. Y las llaves de la cárcel fueron arrojadas al Arno. El Alighieri va más allá que Zola; Ugolino muerde la cabeza de Ruggieri y, “como el hambriento en el pan, clava en ella los dientes allí donde el cuello se une a la nuca”. — A las preguntas del poeta, aquel pecador, para contestar, se enjugó los labios, en los mismos cabellos de la testa que acaba de roer y los apartó de la horrenda comida. — Hasta la traducción se hace difícil: Brizeux dice torpemente:

“Le pecheur detourna sa bouche du feroce repas”.

Sólo acierta Lamennais:

“De l’horrible pâture ce pecheur souleva la bouche”.

Después del tétrico relato, Ugolino, “con torva mirada, se agarró de nuevo a aquel cráneo miserable, en el que sus dientes, como los de un can furioso acuciado por el hambre, penetraban hasta los huesos” “*che furo á denti come di un can, forti*”. — La armonía imitativa hiela la sangre y produce una nueva impresión aun más espantosa.

Y así *La Divina Comedia* es una colección de cuadros que se clavan en la retina, que como delineados con fuego, se fijan

en el magín del que escucha o lee. — El relato es sobrio, enérgico, duro; las pinceladas, maestras; hay relieve envuelto en sombras trágicas. — Dante es un formidable creador; es una fuerza de la Naturaleza, que supera a Shakespeare y a Esquilo y a Eurípides.

Y por un proceso completamente natural, aquella potencia plástica se transfundió a las venas, no de los literatos, sino de los escultores y pintores, entre los que hay que buscar a los discípulos del genio insigne y a los representantes del *Arte dantesco*. — En pleno siglo xv, Piero dei Franceschi da a las figuras de sus cuadros una expresión de atormentada tristeza; Luca Signorelli aduna la energía feroz con la emotividad intensísima: en su gran composición *El fin del Mundo*, de la catedral de Orvieto, hay musculatura y vigor formidable, y en el grupo de condenados encuéntranse las mismas gentes de la *Trilogía*. — Pero el hijo espiritual del Alighieri, el mejor corifeo del *dantismo*, no brilla hasta el siglo xvi: es Miguel Angel Buonarotti. — El autor de *la Aurora, del Día, de la Noche* y del *Crepúsculo*, sabía casi de memoria *La Divina Comedia*, y envidiaba al autor del libro apocalíptico. “¡Pluguiera al cielo — exclamó — que hubiera sido yo como él, aun a trueque de una suerte como la suya! — Por su destierro amargo y su virtud, cambiaría yo el más feliz estado del mundo.” — Incluso pensó hacer una tumba del Dante y llenó de dibujos el ejemplar de las obras del mismo que poseía. — El *Moisés surgens*, hurraño, dominante y amenazador, es sólo un fragmento del largo drama que pensaba simbolizar en la *Tragedia del Sepolcro*. — En realidad son almas gemelas la del que recorrió el Infierno, el Purgatorio y el Paraíso, y la de quien en la Capilla Sixtina supo reproducir Sibilas y Profetas, a Dios separando las tinieblas de la luz, la Creación del mundo y la del hombre, Adán y Eva, Caín y su hermano, el Diluvio y la Embriaguez de Noé. — La Beatriz de Miguel Angel fué aquella Victoria Colonna, por la que sintió el arrebatado culto que se advierte en una porción de sonetos y madrigales: sólo que en vez de la Filosofía triunfa una mística adoración hacia la armonía de las líneas y hacia la proporción en las masas; “mis ojos ansiosos de hermosura, y mi alma de la

salvación, no tienen otro medio para subir al Cielo, que la contemplación de las formas bellas.”— Cuando murió Victoria Colonna, se exacerbaron los sentimientos religiosos de quien quedaba sumido en la oscuridad y en la amargura. “¿Qué puedo hacer para vivir de distinta manera?— Sin ti, ¡oh Señor!, me falta todo bien. Ya no me basta con pintar o esculpir para apaciguar a esta alma prendada del amor divino, que abre los dos brazos en la cruz para estrecharnos.”

El *Juicio Final* no es ni más ni menos que la misma *Trilogía*.— Lo que vale en aquella composición son también las figuras humanas; las dos o trescientas figuras en diversas actitudes constituyen en su “terribilidad”, como un bajo-relieve titánico, donde nos impresionan la grandiosidad y la arrogancia de cada uno.— Buonarotti se acuerda del Alighieri hasta en los menores detalles; como cuando dibujó a Caronte según el modelo del vate florentino “el velludo rostro del barquero de las lívidas lagunas, el cual tenía círculos de llamas en derredor de sus ojos”. En el *Juicio Final* aparece cierto monseñor Biagio de Cesena, en medio de los condenados, en forma de Minos según la ficción del canto V del *Infierno*.

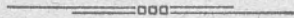
” Stravvi Minos orribilmente,” etc.

ceñido por una cola como de serpiente, aunque poniéndole también las orejas de Midas.

Las semejanzas — casi podríamos decir la identidad espiritual de Miguel Angel Buonarotti y del Dante fué ya reconocida por Taine: de uno y otro dijo que “se habían elevado tanto que no parecen sino seres de otra raza. Ni la Ciencia profunda ni la posesión completa de los recursos artísticos, ni la fecundidad de la imaginación, ni la originalidad han sido bastantes a darles este puesto: todo lo tuvieron, y aun algo que vale más.— Lo que les ha elevado al supremo rango es su alma, un alma de Dios caído, levantada por entero merced a un impulso irresistible hacia un mundo desproporcionado al en que se agita la humana especie; alma de luchador y de mártir, siempre entre tempestades y trabajos, y que, tan incapaz de contentarse como

de abatirse, se emplea solitariamente en erigir — entre los hombres — colosos tan desenfrenados, tan fuertes y tan dolorosamente sublimes como su impotente e insaciable deseo.”

La acción del Dante y la de Buonarotti en la esfera estética (multiplicando uno y otro la potencia descriptiva y plástica de las Bellas Artes), fué de una enorme transcendencia.—Sin embargo, adelantáronse con exceso a sus épocas respectivas.—Las estridencias de la *Trilogía* resultaron inaceptables a los paladares refinados, a los seguidores de la ecuanimidad neo-clásica: el *gigantismo* de Miguel Angel, su Anatomía vigorosa, parecieron monstruosidades a los fabricantes de Vírgenes al estilo de las de Dolci y a los retratistas de las ninfas de Versalles y del Trianon. — Como veremos, la semilla oculta dará su fruto cuando tras el fragor revolucionario, venga la tempestad romántica.



VI

«La Divina Comedia» y su influjo en el progreso  
de las Ciencias

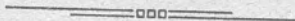
---

*La Divina Comedia* no sólo dió poderoso impulso al espíritu humano, lanzándole por las vías del Renacimiento en Literatura y en el Arte: también fué una fuerza colosal que contribuyó no poco al progreso científico.

Dante tenía afición al estudio de la Madre Natura, y sabía observarla, admirarla, sometiendo igualmente al análisis a todos los seres que la pueblan. — En el opúsculo *De Duobus Elementis, aquæ et terræ*, trata la cuestión de si la superficie acuática en el globo puede alcanzar, en algún punto, mayor altitud que la tierra firme, asunto en aquel tiempo muy discutido y que el autor resolvió por la negativa, mientras que su profesor Brunetto Latini sostuvo la opinión contraria. — La forma del escrito es la que el Escolasticismo puso de moda; pero a través de las pesadeces de la argumentación, se descubren en el fondo destellos de viva luz: así en el párrafo 22 recomienda al estudioso se contente con pocos conocimientos, pero firmes y seguros, en vez de atormentarse con cavilaciones sobre cosas inasequibles a la inteligencia humana. En *Il Convito* se ocupa de los tres órdenes, terrestre, civil y celeste; de nuestra triple naturaleza (vegetativa, animal y sensitiva, o, animada, sensible y racional); de las relaciones entre las Ciencias y los Cielos, y de otros varios puntos, desarrollados con bellísimas demostracio-

nes y buscando el apoyo de autoridad en los sabios, fueran antiguos o modernos, católicos, paganos o musulimes. — En la inmortal *Trilogía* no sólo se sintetiza cuanto abarcaba la Ciencia del siglo XIII sino que hasta se vislumbran descubrimientos reservados al futuro. Como apunta César Cantú, en los robustos tercetos se mencionan claramente los antípodas y el centro de gravedad de la Tierra; se encuentran ingeniosas observaciones acerca del vuelo de las aves, del arco iris y de los vapores que se forman en la combustión; se señalan — antes que lo hiciera Newton, las causas del flujo y del reflujo; se afirma, con prioridad a Galileo, que las frutas maduran a la luz, la cual las hace exhalar el oxígeno; se anuncia la clasificación linneana de las plantas por sus órganos sexuales; se asegura que todo vegetal nace de semilla — visible o invisible —, y que las flores abren sus pétalos al sol y descubren los estambres y pistilos para fecundar los gérmenes. — El principio más importante de toda la obra es, sin embargo, aquel en que asigna a la experimentación el ser la madre del conocimiento positivo, “la fuente de donde corren los arroyos de nuestras Artes” (*Paraíso*, II). — Ya antes había dicho esto último y aun más Roger Bacon “verdadero profeta del positivismo”, pero sus libros, su *Opus majus*, no estaban al alcance de todos los lectores, y en cambio Alighieri habló para los de abajo y para los de arriba, para los cultos y para la plebe.

En las doctrinas de la *Trilogía* aprenderán los sabios italianos de los siglos XVI y XVII. — Y allá en Inglaterra, otro Bacon, desterrando los viejos *ídolos*, iniciará la época científica que impera desde entonces e imperará en lo venidero, al considerar igualmente a la experimentación como manantial de donde corren los arroyos de nuestros conocimientos y de nuestras Artes.



## VII

### «La Divina Comedia» y la Reforma

---

El tesoro contenido en *La Divina Comedia* hubiera resultado completamente perdido para la Humanidad, si el Dante no le hubiese presentado en forma adecuada a la época y de modo que resultó de fácil asimilación a los contemporáneos. A ello contribuyó el carácter dual que tuvo el Alighieri: habló a su tiempo inspirándose en la tradición; pero como arrebatado profeta, levantó la punta del velo del porvenir. — Por eso se le atendió y por eso fructificaron sus enseñanzas.

Dante siguió al Cristianismo, creyó firmemente en el Cristianismo: fué cristiano. Con ello obró conforme a las necesidades de la época.

El Evangelio creó un mundo moral a las multitudes; impuso el cumplimiento del deber, impulsó a todos por el camino esplendoroso del bien y de la virtud, apartándolos de los vicios, que son pecado. De ese modo halló la razón de existencia para el individuo y para la especie; y dando el conocimiento de la propia dignidad convirtió en persona hasta al esclavo más ruin.

El Cristianismo necesitó siglos para apoderarse del espíritu de las gentes: con ello contribuye de manera efficacísima al progreso de la Humanidad. — Aun después del triunfo, la doctrina, la creencia, se fué haciendo más pura y más desintere-

sada. En los primeros penosos avances échase mano, a cada paso, del elemento sobrenatural: los ángeles y los diablos intervienen de continuo, sin separarse nunca del Monarca, del rústico labriego o del ermitaño, quienes tendrán el confortante auxilio de místicas visiones o la pesadilla de la tentación. No se habla más que del enemigo que acecha hasta en la tumba, de las llamas infernales, del placer infinito de los bienaventurados; dolor eterno entre las llamas o eterno goce a la presencia de Dios entré el sonido de las arpas armoniosas de ángeles, arcángeles, serafines, tronos, potestades y dominaciones. — Muchas centurias tuvieron que pasar para que se predicara y aceptara el amor al Bien Supremo sólo por ser el Bien, sin dejar intervenir los egoístas impulsos del placer o de la pena para lo futuro.

No me mueve mi Dios para quererte  
el Cielo que me tienes prometido.....

Y sólo en época muy inmediata a la actual pudo pensarse en separar la Ética de la Religión, imponiéndose el cumplimiento del deber — independientemente de todo — como un categórico imperativo para la conciencia. El remate de esta evolución progresiva cabe ponerle en la *identificación* de la ley jurídica con la ley moral: cuando el delito sea pecado y el pecado delito, y cuando sea de tanta eficacia la voz que habla dentro de nosotros, que substituya por sí sola a la amenaza de los procesos, de las cárceles y de los verdugos.

En tiempos de Nerón, cuando el declamador Séneca hablaba de fraternidad y vivía entre esclavos, o de las odiosas riquezas de que no prescindió, o de la dignidad del hombre mientras humillaba la cerviz ante un monstruo; en tiempos de Tiberio y de Calígula, el Cristianismo era indispensable: en el siglo XII y en el siglo XIII, era imprescindible también. Los espíritus, aun los más selectos, sin auxilio de aquel Mentor, podían alcanzar una gran cultura, pero, por lo general, perdían el contacto con el mundo moral y daban en una espantosa relajación de costumbres. — El Emperador Federi-



co II, que fulminó sus dardos contra la Iglesia, furibundo racionalista en las *Cuestiones sicilianas*, y el Canciller Pedro de las Viñas, vaticinador de la ruina inmediata de Pontificado, entréganse a los placeres en Palermo: “los partidarios de uno y otro — escribe Gebhart — los que amaban el poder, la riqueza y las dichas terrenales, siempre preocupándose bastante poco de la eternidad del mundo y del intelecto único, acogieron con apresuramiento una sabiduría que les tranquilizaba acerca de lo que sigue a la muerte, hacía más dulce la vida terrena, desconcertaba al Papa y al Inquisidor y extinguía las voces del sucesor de San Pedro.” — Y estos *epicúreos*, que tanto arraigaron en Florencia, y que fueron dueños del poder, escandalizaban a las gentes portándose como duros tiranos. — El cardenal Ubaldini, del bando de los Hohenstaufen, aseguraba que “de existir el alma”, él había perdido la suya por los gibelinos. — Manfredó — según Villani — no creía en Dios ni en los santos y sí solamente en las satisfacciones de la carne. Cuando los ciudadanos veían por las calles a Guido Cavalcanti, imaginábanle buscando argumentos para demostrar que no hay Dios; y “más de cien mil nobles”, conforme atestigua Benvenuto de Imola, todos ellos de alta alcurnia, pensaban como su capitán Farinata y como Epicuro, que el Paraíso no debe buscarse en otro lado que entre las bellas o en la mesa del banquete.

La opinión, la masa de opinión, dióse instintivamente cuenta del peligro y reaccionó con energía. — Se hace callar al elocuente Abelardo; enciérrase en un calabozo a Rogerio Bacon; de Federico II no quedó ni la raza; una multitud constituye el ejército del Altísimo y se precipita con sangriento furor contra los Albigeneses; la Inquisición aparece con sus hogueras...; la Cruz es glorificada; la Iglesia culmina. — Bonifacio VIII instituye el jubileo secular, y más de dos millones de católicos acuden a Roma: el Papa se presenta entonces con todos los atributos imperiales, precedido del globo, del cetro y de un heraldo: “¡Ved dos espadas; ved al sucesor de Pedro; ved al Vicario e Cristo!” — El Dante asistía a la fiesta religiosa con otros muchos hijos de Florencia. Para facilitar el paso del

punte de Sant Angelo se había dividido a los fieles en dos filas: los que iban a San Pedro, marchaban de frente hacia el castillo; los que regresaban enderezaban sus pasos hacia la colina. El vate describe este desfile interminable en el *Infierno*.

El autor de la *Trilogía* no vaciló: creyéndolo un deber colocóse resueltamente al lado de la Iglesia. Si la Civilización había de salvarse, necesitaba todavía de las redentoras doctrinas de Jesús: la Ciencia pagana era — en lo relativo al mundo moral — insuficiente.— Y el Alighieri lanza al Tártaro, poniéndolos en la misma fosa, a todos los nuevos *epicúreos*, Farinata, Federico II, Ubaldini, Cavalcante Cavalcanti.... Para más lección finge que el “magnánimo” Farinata, lleva su obcecación orgullosa hasta el punto de no querer creer en la llama que le consume: el condenado saca de su ardiente sarcófago el cuerpo, de cintura arriba, y pasea la vista altanero por la región que despreciará aún, como siempre antes la había despreciado.

“Ed ei s'ergea col petto e colla fronte,  
come avesse l'inferno in gran dispetto”

(*Inf.* X, 35).

El Dante aceptó el Catolicismo y le abarca en toda su integridad, por el temor de la herejía; incluso abate su frente de gibelino ante la autoridad del Papa: “tenéis el Antiguo y el Nuevo Testamento y el Pastor de la Iglesia para guiaros; que esto baste para vuestra salud”. (*Par.* V).— Pero el inmortal florentino no cerró los ojos a la evidencia, y con energías de reformador señala los males allí donde los ve para que se haga la enmienda. — Dice a los monjes y frailes que sus abadías se habían convertido en cuevas y sus templos en “un saco de mala harina”; fulminó contra la ostentación de los Ministros del Altísimo, que cubrían “sus palafrenes con sus mantos, de suerte que dos animales iban bajo una misma piel”; reprueba aquella Corte “donde todos los días se trafi-

caba con Cristo". (*Par.* XXVII) y donde los "rapaces lobos con disfraces pastoriles" (*Par.* XXVII) convertían "en Dios, el oro y la plata" (*Inf.* XIX), y "llenaban de tristeza al mundo", despreciando a los buenos y ensalzando a los malos. — No se detiene hasta colocar en el lugar de las inacabables torturas a Clemente V, y allí, en compañía de Simón el Mago, espera a Bonifacio VIII, el hombre que "cambió la tumba de Pedro en cloaca donde se regocija el demonio entre impureza y sangre" (*Par.* XXVII), el ser "insaciable de los bienes de fortuna", tan despreocupado, "que no temió apoderarse de la Iglesia fraudulentamente, para después ultrajarla". — El Alighieri va más allá; hasta se atreve y alza su voz contra el abuso de las excomuniones, con las que se privaba "tan pronto en una parte como en otra, del pan que el misericordioso padre a nadie niega"; e incluso no las cree de tal manera mortales para el alma, que "el Eterno Amor no pueda volverse" para favorecer al arrepentido (*Purg.* III).

El Alighieri, a impulsos de su santo celo, se deja arrastrar por una peligrosa corriente mística, que luchó, dentro de él, con la corriente aristotélica puramente escolástica. Aquellos dos grandes reinos de la ideología medioeval destacan como las dos coronas del cielo del Sol, en los cantos X al XIII del *Paraíso*. En la corona interna figuran Santo Tomás, Alberto Magno, Segieri de Courtray, Graciano, Pedro Lombardo, Orsio, Isidoro, Boecio.....; la segunda corona de espíritus beatos se basa en San Buenaventura, con quien están — entre otros — los frailes menores Agustín e Iluminado, los primeros en seguir la senda por la que marchó el seráfico Francisco. — Dante tiene algo, y aun mucho, del campeón de los *joaquinitas*, de aquel abad de Flora

"De spiritu profético dotato".

En la *Concordia novi et veteris Testamentis* anunciábase una tercera revolución religiosa, la del Paraclito, superior a la del Hijo, como ésta lo había sido a la del Padre: el soñador de Flora reservaba para un futuro próximo, el ministerio depo-

sitado hasta entonces en los clérigos y en la iglesia secular y le transfería a los contemplativos y a los *spirituales viri*. Dante llega a tenerse por un nuevo evangelista, e investido por el propio San Pedro de la divina misión, se arroga incluso la facultad de comunicarse directamente con Jehová. — Imposible distinguir cuando actúa la imaginación del poeta y cuando la fe de un espíritu arrebatado por el éxtasis. Hay momentos de audacia y momentos de reacción y de arrepentimiento. — Para Scartazzini, la grandiosa procesión que aparece en el *Purgatorio*, y donde al cabo se presenta Beatriz, oculta algo más que la reconciliación con la antigua amante: “si el Alighieri se alejó antes de ella es que se ha apartado de la Iglesia Cristiana, idealizada en las figuras de la mística “teoría”. — “Sepárale el Leteo, río que no puede atravesar sin haber quedado limpio de su crimen con lágrimas sinceras. Para esto se dirige la procesión hacia él y enfrente de él se detiene, para volver a poner en movimiento, tan pronto como el poeta ha sido admitido en el círculo de las siete vírgenes que rodean al carro. Todo esto viene a ser la alegoría de la caridad cristiana, que busca a los que se apartan y extravían. — Dante se apresta al llamamiento, pero antes de ser admitido en el círculo de las siete vírgenes y de poder acercarse al carro místico, ha de hacer penitencia. Su reconciliación con Beatriz es, pues, su reconciliación con la Iglesia de Roma, figurada alegóricamente en la procesión mística; y su aproximación a Beatriz significa también su aproximación a Jesucristo, a la revelación contenida en la Sagrada Escritura, a las Virtudes teológicas y cardinales, al Espíritu Santo y a sus dones.”

En uno de estos momentos de sumisión tomó el autor de la *Trilogía* la pluma en 1314, y con motivo de haberse elegido nuevo Papa, dirige a los cardenales una epístola en la que hace — entre alardes de ortodoxia — profesión de la pureza de su fe, aunque protestando de la traslación de la Santa Sede fuera de Italia, y recordando a los Príncipes eclesiásticos, como reconfortante la conducta de los grandes Obispos y las piadosas tradiciones de la Iglesia primitiva. — Con ello no satisfizo a los hipócritas que andan sueltos sin capas de plomo, a los

poderosos enemigos personales, a los Prelados amantes del lujo, a cuantos se sintieron mortificados con alusiones indirectas o directas: y vino la acusación de impiedad, hecha a la sombra, acusación de la que hay documentos firmes y seguros. — Acusóse al vate, simultáneamente, ante el Tribunal Eclesiástico y ante el Pontífice, y el vate, para su propia defensa, redactó con paráfrasis de los Salmos, aquel manuscrito “*Credo*” religioso, en cuya cabecera decía: “aquí comienza el tratado de la fe católica compuesto por el ilustre y muy afamado Doctor Dante Alighieri, en contestación al inquisidor de Florencia”..... — La muerte del acusado vino a librarle de los peligros que le amenazaban como hereje: doce años más tarde el cardenal del Poggetto lanzó el interdicto contra el tratado *De Monarchia Mundi* y quiso que se exhumaran los restos del Dante, como excomulgado, si bien no lo consintió la prudencia del Pontífice.

Algunos protestantes consideran al héroe de la *Trilogía*, incluído en sus filas. Exageran. Sólo fué un precursor, pero de influjo enorme. — Dante, según expresa con acierto Alvaro Armando Vasseur, proclamó “el derecho de cada fiel a examinar los títulos del superior jerárquico, a sondear su conciencia, a evaluar su dignidad ética, a juzgar sus intenciones.” — E, indiscutiblemente, con el fuego de la poesía “reencendió las chispas del *libre examen*, el ansia de renovación ética y civil que siglos después arderá en las *predicas* de Savonarola, en la reforma y en la *protesta* de Lutero”.

## VIII

### «La Divina Comedia» y la Revolución

---

*La Divina Comedia* no sólo fué el portavoz de los reformadores: los ecos de la *terza rima* enlazáronse con los rugidos de la Revolución.

El Dante acopla el principio cristiano de la *fraternidad* con el democrático de la *libertad*, y del fondo del clasicismo, extrae — depurándolo — la base de una *igualdad* completamente incompatible con los prejuicios del Medio Evo y con las instituciones feudales. Recordemos que en la republicana Florencia el Gobierno perteneció a los miembros de las *Artes Mayores*, que despreciaban profundamente a la plebe.

Ya Brunetto Latini supo reconocer que “la virtud constituye la nobleza y no la serie de los antepasados”. — Dante, pleno de energía, va mucho más lejos. Al principio se limita a decir que la nobleza se compone de dos factores, imprescindibles los dos para que exista: el mérito personal y la ilustre cuna. Poco a poco se hace más atrevido, y se inclina a la idea de que la nobleza no puede heredarse, sino que es preciso ganarla con el esfuerzo y mérito personal de cada individuo. — En una *Canción* que incluyó en el libro IV del *Banquete*, explica como

“Donde hay virtud siempre hay nobleza  
pero no siempre donde hay nobleza hay virtud”,

y por comentario extiéndese en larga disertación para demostrar “que no ennoblece la cuna a las personas, sino que las personas prestan o no lustre a las familias”. — Las generaciones subsiguientes aprendieron estas doctrinas en el canto XVI del *Paraiso*: “¡Oh mísera nobleza de la sangre!, si es que eres la causa de que por ti se enorgullezcan los hombres en esta tierra do es tan débil nuestro espíritu, ya no tornarás a ser para mí objeto de entusiasmo y de asombro..... Tú eres, en verdad, un manto que pronto se achica, a menos de alargarlo continuamente, por acortarlo en redor el tiempo con sus tijeras”.

Quien de este modo pensaba, quien se expresaba así, abría amplios caminos a la nivelación, que en ocasiones se desvió en *jacquerías*, pero que encontró su hora cuando en el 4 de Agosto de 1789 los aristócratas y el clero de Francia renuncian a sus privilegios, y cuando en la misma Asamblea se proclamó la igualdad civil de todos los franceses.

Además, el Dante dió el golpe de gracia a los poderes absolutos, con aquellas frases suyas que figuran en su tratado *De Monarchia Mundi*, pero cuyo espíritu notamos constantemente en la *Trilogía*: “No son los ciudadanos para los Cónsules, ni la Nación para el Rey, sino, al contrario, los Cónsules para los ciudadanos y el Rey para la Nación.—No se han establecido las ciudades para las leyes, sino las leyes para la ciudad. Así los que viven conforme a la ley no han sido organizados para el legislador, sino éste para aquéllos según el dictamen del filósofo.— Aunque los Cónsules o los Reyes sean dueños para trazar el camino a los otros, son sus ministros con relación al fin, y el Monarca, incontestablemente, el ministro de todos, porque se ha instituido en su fin y en sus leyes, como la Monarquía, para el bienestar del mundo.”

Como vemos, muchos de los principios políticos del *Alighieri* pueden ser considerados como el preámbulo o prólogo de la *declaración de los derechos del hombre*.

IX

«La Divina Comedia» y el movimiento romántico

---

La Revolución francesa si encontró un fundamento completamente natural en el malestar económico de los de abajo y en el deseo de reivindicaciones de las clases medias, eternamente postergadas por una nobleza cuyos únicos méritos consistían en los de los antecesores, tuvo en cambio mucho de artificial en el proceso en que llegó a desenvolverse.

La dirección quedó a cargo de unos cuantos pedantes seducidos por el ejemplo de Grecia y Roma, e imitadores — a su modo — de los Cincinatos y Brutos; y de la falange de los utópicos teorizadores enamorados del *pacto social* y de las altas cualidades del hombre primitivo en estado de naturaleza.

La barbarie radicaba en los siglos medios: comienza con la predicación del cristianismo y acaba en el momento preciso en que rueda en la guillotina la cabeza de Luis XVI. Urge ganar el tiempo perdido, arrasar, destruir, llevar a todas partes la piqueta demoledora. — Se creó un Senado, hay sillas curules: sólo faltaba, después de la República, César. Y Napoleón, con sus legiones invencibles, desempeñó el papel, llevando las águilas desde Cádiz al corazón de Moscovia.

Pero todo clasicismo utópico no puede convencer ni durar: el pasado tiene su fuerza incontrastable, y nada firme se puede construir sin contar con él. — Y el pasado produjo simultáneamente el *Romanticismo* y el *despertar de las Nacio-*



*nalidades*, que se sienten llamadas a nueva vida, precisamente en las guerras de liberación contra las huestes napoleónicas.

\* \* \*

El *Romanticismo*, como eco—mejor que del antiguo régimen—de la Edad Media, buscó inspiraciones en el Dante. Chateaubriand admira la *Trilogía* y la declara superior al poema épico del cisne de Mantua. — En los países germánicos Augusto Guillermo Schlegel se convirtió en el propagandista más ferviente del vate florentino. — En la península apenínica los estudios a éste referentes tomaron aspecto de un verdadero culto. Al manantial copioso del *Purgatorio*, del *Paraiso* y, sobre todo, del *Infierno*, acuden los seguidores del nuevo arte, que, rompiendo con lo convencional, busca inspiración en las tradiciones y analiza con psicología profunda las tormentas del alma. — Francesca de Rímini y Paolo resurgen en la composición poética, en el teatro y en la novela. — Para la Pintura aparece llegada la hora triunfal de los discípulos del Alighieri y de Buonarotti. — Frente a la rutina de los secuaces de David presenta Eugenio Delacroix en el Salón parisiense de 1822, un cuadro famoso: *La barca del Dante*. Este, con Virgilio, conducidos por Flegias, atraviesan el lago que rodea a la tenebrosa ciudad de Dite. Flegias medio desnudo, rema vigorosamente, y su torso recuerda a los de los frescos de la Capilla Sixtina. — Virgilio, con sombría majestad, contempla la escena, melancólico. — Dante, estremecido de horror, se coge a su guía, huyendo de los condenados que acometen la barca. En el fondo, sobre el cielo de tinieblas, confúndense rojizos resplandores y torbellinos de humo. Sin querer vienen a nuestra memoria, *La muerte de camino*, de Rethel; *La guerra de los hunos*, de Kaulbach; *Los náufragos de la Medusa*, de Gericault, y muy especialmente, el *Apocalipsis*, de Cornelius, quien con Schnorr y otros artistas alemanes

vivió en el Monte Pincio, para asimilar cuanto produjo en el Renacimiento la Península italiana. — Pero en Delacroix hay *el principio*, que los otros no encuentran; hay audacias de colorido, hay movimiento en las figuras, hay vigor al ejecutar, hay franqueza ruda en el toque. Aquel lienzo, al que algunos calificaron de boceto incorrectísimo, de atrevido y de innovador, sonó como las trompetas de Josué e hizo hundirse en el polvo el academicismo reinante en que todo eran insípidos convencionalismos y amaneramientos afectados. Sólo algunos críticos sutiles pudieron comprender que aquello era el anuncio de una transformación artística. La técnica atrevida y amplia, rompía enérgicamente con las timideces de la miniatura: un capítulo de *La Divina Comedia*, admirablemente interpretado y sentido, preparaba de lejos el impresionismo de hoy y de mañana.



X

«La Divina Comedia» y el resurgimiento de la Nación italiana

---

En el Romanticismo político — manifiesto con el *resurgir de las Nacionalidades* — también desempeña la *Trilogía* papel de uno de los principales factores: a ella se debe, casi en absoluto, la creación de la actual Italia. — Dante amó a la Italia con fervor infinito: quisola grande y se lamentó de verla consumida y hecha triste palenque de ambiciones de extranjeros: “¡Oh Italia esclava! ¡posada del dolor, buque sin capitán en una tempestad deshecha; no eres ya reina de las provincias, sino foco de prostitutas!” (*Purg.* VI). — Y el Dante no se limitó a compadecer al país italiano: dióle fundamento de existencia con sus versos, y un medio eficacísimo de reconstitución nacional, formando de hecho el idioma que impera aún desde los Alpes a la Trinacria encantadora: adoptó para sus tercetos la lengua rústica que desdeñaban los sabios, y la sacó a la luz, plena de dulzura, elevación, vigor y simplicidad. Así supo dar vida “al verbo armonioso de una raza noble. Y este verbo ha sido el que ha verificado el milagro de la unidad italiana, a seis siglos de distancia, reuniendo los fragmentos de la Nación, a pesar de mil contrariedades.” (P. Gener.)

Dante no obra de una manera inconsciente, antes razonó el porqué y el alcance de sus intenciones en el trabajo que intitula *De Vulgari Eloquentia* y en el *Convito*: usa el vulgar porque es su lengua propia y la de sus padres; escribió las rimas

en vulgar; empleó el vulgar deliberando, interpretando y cuestionando, y así probó — de hecho — hasta en la prosa, la bondad que tenía en el fondo, sin los adornos accidentales del ritmo y de la rima. — Y como le considera ya casi tan excelente cual el latín, augúrale el triunfo en lo futuro, y llámale “luz nueva y sol nuevo”, para un mañana inmediato. Lo que sí quiso fué, que se despreciara a los dialectos comunales como mala yerba cuya extirpación era precisa. — El modelo a seguir nos lo da en los versos de las *Canzones* o de la *Trilogía*. Las consecuencias de su labor aun duran y perdurarán en lo futuro; y recuérdese que los del Dante eran los días en que Brunetto Latini comenta de su *Tesoro*, que “le composa en français..... parce que la parleure en est plus deleitable et plus commune a tous gens.” — El pueblo italiano olvidó a Brunetto Latini; el pueblo italiano, que sabía y sabe de memoria muchos versos de Alighieri, hizo de éste el portaestandarte de sus aspiraciones nacionales. Y cuando llegó el momento, desde de Sanctis a Cantú y desde Pasquale Villari a Carducci, todos ven en *La Divina Comedia*, la flameante bandera, el sagrado símbolo de redención.

XI

El Dante y la Sociedad de Naciones

---

En el momento en que los grandes Estados de Europa quedaron constituidos, una corriente intensa de Cosmopolitismo, les hizo entrar, no sólo en contacto, sino en relaciones cada vez más apretadas, como si se presintiese un organismo superior — el de la Sociedad de Naciones — que al fin aparece después de la sangrienta guerra última.

Dante fué quien primero concibió ese organismo internacional, elevando su espíritu por cima de las minúsculas patrias locales. — “Para nosotros — dice — el mundo es la patria, como el mar es la de los peces. Aunque desde pequeños hayamos bebido el agua del Arno, aunque nuestro cariño a Florencia haya llegado al extremo de sufrir un destierro injusto por amarla, hacemos que nuestra sensibilidad calle y preferimos apoyar en nuestra razón nuestro juicio. — Cierto es que en el orden de nuestra satisfacción y reposo material no hay en la tierra lugar alguno más delectable que Florencia; pero recorriendo las obras de los poetas y otros escritores que pintaron al mundo en sus detalles o en total; razonando por el pensamiento acerca de las diversas posiciones de las comarcas, del lugar que ocupan de un polo a otro y con relación al ecuador, juzgamos y pensamos firmemente que hay países y poblaciones más ilustres que la Toscana y Florencia, de donde soy originario y ciudadano, y la mayor parte de las Naciones

y razas aventajan a los latinos por la delicadeza y utilidad de sus lenguajes.”

En el tratado *De Monarchia Mundi* da el Alighieri el primer plan completo y conocido de la Sociedad de las Naciones, plan, por cierto, muy superior al de Eneas Silvio (*De ortu et auctoritate Imperii romani*), al de Enrique IV, al de Carlos Ireneo Chastel de Saint Pierre, al de Kant, y al de Jeremías Bentham.— El Alighieri quiso constituir un nuevo órgano político adaptado a las necesidades de la época y en el que, subordinándose las partes al conjunto, tuvieran autonomía y libertad de acción.— Al frente del poder civil — perfectamente diferenciado del eclesiástico — coloca un monarca, que existiera, no sobre la ley, sino para la ley.— Después Dante trata de evidenciar la bondad de su sistema, a los decretalistas, a los papistas y a los demás *güelfos*.— En *La Divina Comedia* explana sus opiniones, especialmente al hablar de Roma y del águila, que debe cobijar bajo sus alas todas las tierras y todas las latitudes.

## XII

### Conclusión

---

Los proyectos del Dante no merecieron atención de su época. — Sin embargo, los citamos para que se vea cómo la *Trilogía* puede proporcionar hoy y proporcionará en lo futuro a la Humanidad, una fuerza poderosa para seguir por el camino ascendente del Progreso. — En ella estaban las semillas del movimiento renovador del siglo xv, de la Reforma, de la Revolución, del Romanticismo..... En ella hallaranse soluciones e impulsos levantados, mañana y siempre. — El poema aun vive, porque en él palpitan nuestras pasiones, nuestros dolores y nuestras luchas; en él brilla el sello de la eterna verdad, combinando con signos misteriosos el realismo de la Naturaleza y los más sublimes ideales. — No falta ninguno de los elementos de perfección; la Ciencia, la Belleza y el Bien.







# ÍNDICE

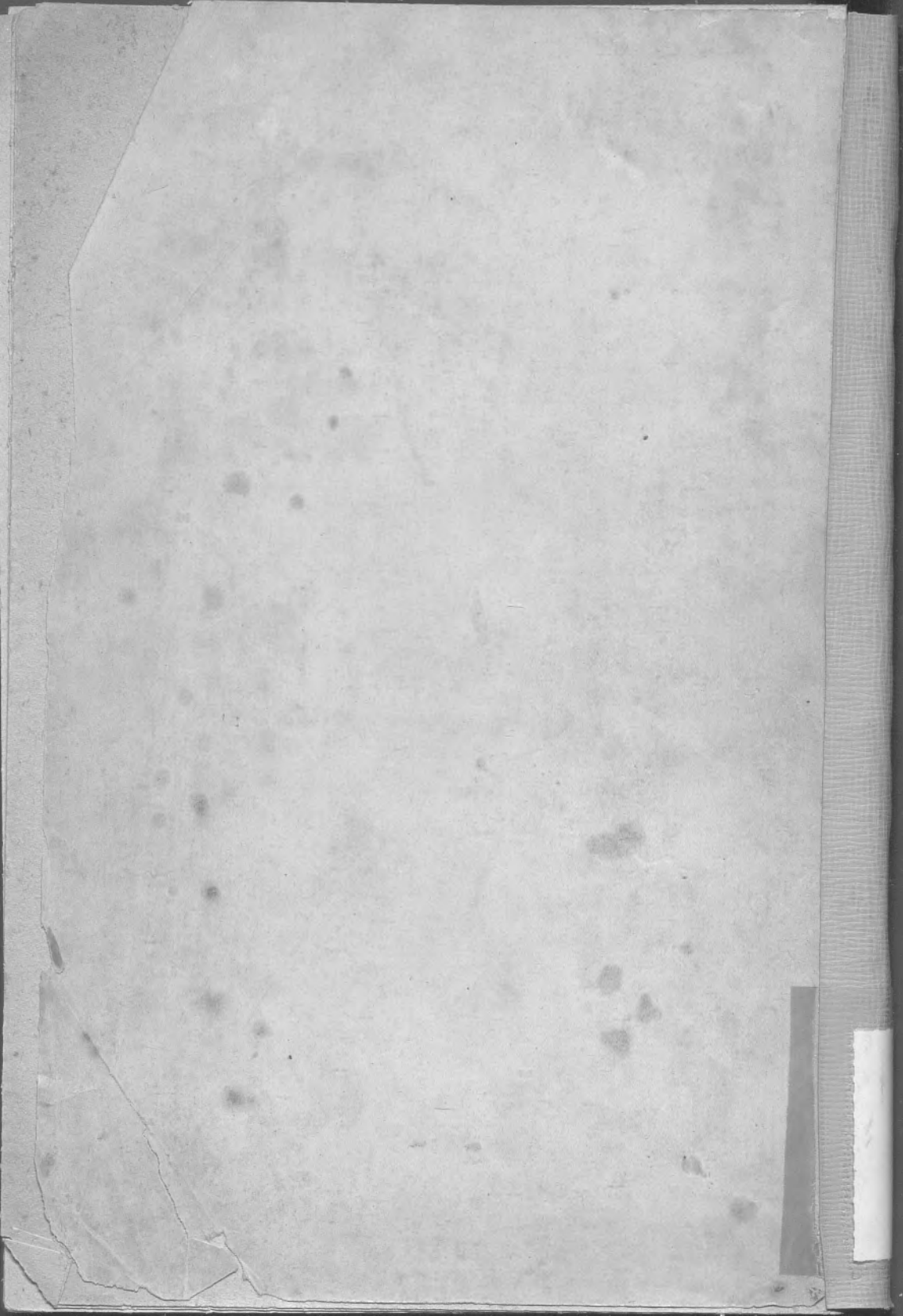
---

	<u>Págs.</u>
I.— <i>La Divina Comedia</i> como expresión de los sentimientos cristianos medioevales . . . . .	5
II.—Los tiempos en que escribió Dante Alighieri . . . . .	19
III.—El Altísimo poeta. . . . .	29
IV.— <i>La Divina Comedia</i> y el Renacimiento . . . . .	40
V.— <i>La Divina Comedia</i> y el Arte . . . . .	58
VI.— <i>La Divina Comedia</i> y su influjo en el progreso de las Ciencias. . . . .	75
VII.— <i>La Divina Comedia</i> y la Reforma . . . . .	77
VIII.— <i>La Divina Comedia</i> y la Revolución . . . . .	84
IX.— <i>La Divina Comedia</i> y el movimiento romántico . . . . .	86
X.— <i>La Divina Comedia</i> y el resurgimiento de la Nación italiana . . . . .	89
XI.—El Dante y la Sociedad de Naciones . . . . .	91
XII.—Conclusión. . . . .	93









**G 22484**